

COLECCION



BAZOOKA



5
PTAS.

trío de **ASES**

por S. Darnell

trio de **ASES**

NOVELA DE S. DARNELL



HENRY ROBERTS

SILVYA DOWHAM



Printed in Spain

GRÁFICAS GUADA, S. R. C. — Rosellón, 24 — Barcelona



PRÓLOGO

Al estallar la guerra, la isla de Malla representaba, para los ingleses, la llave del Mediterráneo. Mientras Francia e Italia estuvieron en paz, la isla no sufrió ningún peligro, pero a raíz de los conflictos entre estas dos naciones la isla quedó a merced de la escuadra italiana.

En 1941, mientras los ejércitos alemanes se internaban en Rusia y luchaban en el norte de África, quedó la isla de Malta a merced de los ataques aéreo-navales, con gran riesgo de ser invadida por los italianos, pues dista solamente de la costa italiana 60 millas.

Como toda defensa aérea de la isla de Malta se contaba solamente con tres aparatos, los cuales llevaban los nombres de tres virtudes —«Fe», «Esperanza» y «Caridad»—, aparte de dos aviones de escuela que se artillaron.

Sirva esta obra solamente para ensalzar la labor de los que pilotaban los mencionados aparatos, situados en el campo de Luca, que lucharon eficazmente contra los ataques aéreos, hasta la llegada de nuevas unidades de combate.

La isla de Malta solamente podía ser abordada por mar y aire, pues la costa estaba eficazmente defendida por unidades de artillería, sufriendo el suelo de la isla más de sesenta bombardeos.

CAPÍTULO PRIMERO

UN ACCIDENTE

El aparato evolucionaba en el cielo con toda maestría, efectuando una serie de ejercicios acrobáticos. Obedeciendo a los mandos guiados bajo mano experta, el avión biplano describía más y más sinuosas trayectorias en el inmenso azul de los espacios. En el campo de aviación los espectadores observaban con creciente interés los movimientos de aquel aparato.

El capitán Cherrell, hábil y experto aviador, clavaba su vista en el tablero de indicadores del viejo aparato. El avión de escuela «Dragón» hacía rugir su motor con frenético ronquido. El altímetro marcaba continuamente las pérdidas y aumentos de altura. Cherrell observaba por el termómetro que la temperatura del aceite aumentaba considerablemente, pero animado por el hecho de que el cuentarrevoluciones no descendía continuaba efectuando el vuelo de pruebas. El timón de dirección obedecía finamente al mando de los cables, pero por el contrario, los timones de profundidad parecían no funcionar tan finamente. En ocasiones en el momento de tirar del poste de mando hacia atrás, se encontraba cierta resistencia, que hacía que luego el aparato se encabritase elevando peligrosamente el morro. Las alas del avión se estremecían a cada golpe de aire y los tirantes de las mismas daban la sensación de que iban a partirse.

El campo de aviación aparecía allá abajo como un pañuelo, diminuto y arrugado, y el aparato parecía estar quieto en el aire, como mantenido por invisibles cables. La sensación del vuelo era deliciosa. Cherrell no podía vivir sin sentirse «hombre pájaro» desde que su memoria recordaba tiempos pasados. En su mente siempre se formaban las imágenes de viejos aparatos, con los cuales su padre

había efectuado verdaderas heroicidades.

El «Dragón» volaba defectuosamente. Su motor, en realidad, pese al optimismo de los mecánicos del campo, no daba el rendimiento que se esperaba. Cherrell picó, el aparato inclinó su morro mirando al suelo y comenzó una rápida y vertiginosa carrera hacia el mismo. La tierra se acercaba al aparato aumentando de tamaño los objetos que en él había. El viento golpeaba escandalosamente el fuselaje del viejo avión. El altímetro descendía indicando la distancia con el suelo. Cuando llegó a trescientos metros del mismo, Cherrell tiró con todas sus fuerzas del poste de mandos. El aparato se estremeció de un extremo a otro. El suelo continuaba acercándose y el avión no levantaba el morro. ¿Qué sucedía? El desastre era inminente. Mas, de golpe, el «Dragón» pareció reponerse. Las ruedas del tren de toma pasaron a escasos metros del suelo de la pista, luego recuperó altura y, como un gran pájaro de presa, remontó el vuelo.

—Creía que era el final —dijo secándose el sudor de la frente el jefe de campo, Mayor Smith, a los tres tenientes que tenía a su lado.

—Yo también; pero me olvidaba que el piloto de ese cascajo es el capitán Cherrell —contestó uno de los oficiales.

—Deseo que termine pronto este vuelo. Realmente me ha puesto nervioso. Ese aparato no ofrece ninguna seguridad.

El «Dragón» volaba a unos dos mil metros cuando inició un rápido descenso, dejándose resbalar sobre el ala derecha, en círculo abierto. Poco a poco iba acrecentándose el ronquido de su motor, e iba aumentando de tamaño.

—Parece que se dispone a tomar tierra —dijo el Mayor.

—Sí —contestó escuetamente el mismo oficial de antes.

El aparato rugía frenéticamente en su descenso.

—Qué raro, no corta gas —comentó el teniente Silving.

—Es verdad —afirmó el Mayor.

El aparato seguía descendiendo vertiginosamente sin variar su trayectoria en lo más mínimo.

—¡Se va a estrellar! ¡No corta gas! ¡No podrá recuperar!

—¡Algo le pasa! —dijo el Mayor, nerviosamente.

Algo anormal debía ocurrirle al aparato pilotado por el capitán Cherrell. Pues en amplio círculo y con el morro muy inclinado perdía altura sin cortar gas, lo que acrecentaba considerablemente

su velocidad.

—Dentro de unos instantes todo habrá terminado —comentó el teniente Silving.

El Mayor, estrujándose las manos con desespero, decía:

—¡Dios mío, se matará!

En breves instantes el aparato llegó al suelo, sin maniobrar lo más mínimo. Las alas saltaron hechas pedazos y el aparato se dobló sobre sí mismo aprisionando el cuerpo del capitán.

El servicio de extinción funcionó rapidísimamente; sin embargo, cuando de entre los restos del aparato fue extraído el cuerpo del capitán, éste no era más que una masa carbonizada. El accidente dejó consternados a todos los elementos del campo. Pero ya nada podía hacerse. El Mayor Smith, terriblemente pálido, contemplaba los restos mortales del jefe de escuadrilla. Estaba visiblemente emocionado y en su rostro había una mueca de desespero.

—¡Pobre Cherrell! ¡Maldita sea la hora en que se nos ocurrió arreglar ese aparato! —comentaba el Mayor, dirigiéndose a los oficiales que tenía a su alrededor.

—Cada vez que volamos con esos cacharros tenemos firmada la sentencia de muerte —dijo el teniente Radd, que era un muchacho de aspecto taciturno, pero que, en realidad, era todo lo contrario.

—De sobras lo sé, teniente. No hace falta que me lo recuerde.

—Por ello —continuó el teniente—, no debemos sorprendernos si hoy muere uno y mañana cae otro de nosotros.

—No hable así, teniente.

—No hay más remedio, señor —contestó el teniente Radd, fríamente.

—Es cruel, pero tiene usted razón —contestó el Mayor.

Por unos momentos reinó el silencio. Luego, rompiendo éste, el Mayor dijo:

—Hemos perdido un magnífico y único capitán de escuadrilla, pero debemos tener resignación y conformidad.

—Nos hace falta, señor. Pero, dígame, ¿hemos de seguir volando con los cuatro aparatos que nos quedan?

—¿Qué otra solución ve usted, teniente?

—Realmente ninguna, señor —contestó el oficial.

—Entonces, no hablemos más.

—Bien, señor.

El Mayor Smith era hombre de contadas palabras. Nunca se había distinguido como buen orador. Prefería la acción. En aquella ocasión miraba fijamente a su secretaria Silvy Dowham, muchacha de aspecto elegante y de gran atractivo. Silvy era coqueta. Sin embargo, el Mayor Smith no la consideraba peligrosa.

—Bueno, Silvy, lo de hoy me ha dejado desconcertado por completo. Me ha trastornado y no sé por dónde empezar.

—Lo comprendo —contestó Silvy.

—Pero necesitamos un nuevo jefe de escuadrilla y hemos de encontrar la solución.

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente: coloca un oficio en la máquina y escribe.

—Bien, señor.

Los hábiles dedos de Silvy teclearon sobre la moderna máquina de escribir imprimiendo en el papel las palabras del Mayor. Una vez hubieron terminado, Silvy sacó de la máquina el papel con mecánico gesto entregándoselo al Mayor. Éste leyó con el entrecejo fruncido lo escrito asintiendo de vez en cuando con la cabeza:

—Bien, es todo lo que podemos hacer, ¿no le parece?

—Sí, señor.

El Mayor firmó el escrito y entregándoselo seguidamente a Silvy dijo:

—Procure que salga hoy mismo.

—Así lo haré. Creo que el avión de enlace con Inglaterra sale a las cinco. Lo llevaré personalmente al piloto.

—¡Buena idea!

CAPÍTULO II

UNA NOTICIA

Las grises paredes de piedra no hacían juego con los modernos adelantos que había en aquella mansión señorial de Inglaterra. La radio sonaba con gran volumen y la gente joven iba y venía por los pasillos y salas de la misma, haciendo destacar sus veraniegos y juveniles vestidos junto a las tétricas y recias armaduras y los cuadros de los nobles antepasados.

La pista de golf estaba frecuentada y las pelotas surcaban el aire, como impulsadas por una fuerza invisible. La condición social de los Roberts era de las más elevadas de Inglaterra. Henry Roberts, último varón de dicho apellido, observaba a los invitados en sus juegos y diversiones. Su tez morena y su cabello negro le hacía resaltar de un modo muy marcado sobre sus compatriotas. Era enérgico y recto como su padre, tenía un sentido muy desarrollado del deber y ante él sacrificaba todos sus intereses si era necesario.

Sus ojos vivos y observadores tenían espíritu de crítica, encontrando por lo general en todo aquello que observaba defectos y anomalías que no acababan de satisfacerle.

El día era espléndido y el sol brillaba con gran esplendor, cosa que para ellos, no acostumbrados a tal, era un gran acontecimiento. Aquella mañana no había la acostumbrada niebla que envolvía todo en un macabro matiz. Por el contrario, las cosas y los objetos bañados en el sol parecían revivificados de un modo sorprendente. Los Roberts celebraban la rápida mejoría del hijo mayor, Henry, el cual había sufrido serias heridas en el último combate que mantuvo en Francia contra la aviación germana.

La mesa estaba espléndidamente alumbrada por los magníficos candelabros de plata. Los invitados a la reunión, en realidad, eran

pocos, pues éstos consistían en los familiares más próximos y algún conocido que en realidad se le consideraba de la familia. La madre de Henry sonreía a todos los reunidos, mientras que el padre en aquellos momentos se limitaba a tener conversación con la señora que tenía sentada a su derecha.

—Pues como le iba diciendo, estamos muy satisfechos del comportamiento de nuestro hijo Henry. Se ha destacado como un gran piloto, de sobran te valor.

—Es maravilloso, querido Roberts, tener un hijo héroe.

—No dije tanto, pero creo que mi hijo Henry tiene madera de héroe y que llegará el momento en que lo pondrá de manifiesto.

—No lo dudo.

—Yo, como soldado, y dejando a un lado los sentimientos de padre, puedo asegurar que tiene una gran capacidad militar. Por ello sé qué hará carrera y que en realidad la aviación es su vida.

—O su muerte —cortó la señora que escuchaba las palabras de Henry.

—Tiene razón... o su muerte, pero todos hemos de morir y cuanto más honrosa sea nuestra muerte tanto mejor, ¿no le parece?

—Desde luego.

La cena transcurría en animadas conversaciones y los invitados disfrutaban de los más exquisitos manjares y de los más selectos vinos. Una vez terminada la velada, los invitados retiráronse a sus respectivas habitaciones, conciliando el sueño.

Cuando por la mañana Henry bajó a la planta baja del edificio para almorzar, encontróse con la sorpresa de que le aguardaba un telegrama de la

R. A. F.

Henry, algo nervioso, cogió el telegrama de la bandeja y rasgó la cinta precinto. Luego dejó caer su vista sobre el contenido del mismo.

—¿Qué hay? —preguntó inquieto el padre.

Henry, después de leer, tendió el telegrama a su padre. Éste, al igual que el hijo, leyó en silencio. Luego, levantándose, tendió la mano hacia su hijo y comentó:

—Enhorabuena, Henry.

—Gracias, padre.

La madre de Henry se acercó algo extrañada y preguntó:

—¿Se puede saber qué pasa?

Volviéndose hacia su madre, el joven aristócrata dijo:

—Me marchó, madre. Me han destinado a la isla de Malta como capitán de escuadrilla. Al parecer, el que había hasta ahora ha sufrido un accidente, y por ello me reclaman a mí.

La madre de Henry permaneció por unos momentos en silencio y luego, mirando cariñosamente a su hijo, dijo:

—Si ha de ser para tu bien, me alegro francamente.

—Gracias, madre.

—Espero nos escribirás.

—¡Por Dios, madre, aún no me he ido!

—Pero te irás pronto, ¿no es verdad?

—Sí, mañana.

—Entonces nos queda poco de gozar de tu compañía, pero debemos conformarnos con lo que suceda.

—Así ha de ser. El deber, madre, es el deber.

Aquella noche, en realidad, para Henry el sueño no fue nada reparador. Nervioso, deseaba estar ya en su nuevo destino y en compañía de los que iban a ser sus pilotos de escuadrilla. Las horas pasaban lentamente y Henry no veía llegar el momento de estar con sus nuevos hombres.

Amanecía cuando llegó hasta Henry el ronco y sordo ronroneo del automóvil de su padre. Sintióse contento cuando vio llegar el momento de la partida. Le agradaba la idea de marchar, aun alejándose de sus padres, para irse en busca de nuevas sensaciones en tierras que no conocía.

Los cuatro aparatos, únicos elementos de la aviación inglesa en Malta, evolucionaban en el cielo con despreocupado gesto, realizando una larga serie de acrobacias. Mientras los cuatro aparatos volaban sobre el campo, en el mismo Silvy observaba con interés las vueltas y vueltas de los aviones.

—Son valientes los chicos. En realidad no hay diferencia entre ellos, ¿no te parece, Helen?

—Sí, Silvy —contestó la enfermera, que junto a la secretaria del Mayor observaba horrorizada las acrobacias de los pilotos—, pero no me gusta ver cómo exponen la vida.

—No temas, Helen, son muy buenos pilotos. Para ellos eso no es nada. Saben lo que se hacen.

—Sé que son buenos aviadores. Sin embargo, el capitán Cherrell lo era más y fíjate cómo terminó.

—Eso era diferente.

—¿Por qué?

—No sé, pero lo era.

—Tanto peligro tienen de morir, como lo tenía el capitán. No lo dudes, Silvy.

—No hables así.

—Veo que te lo tomas en serio de reproche, ¿verdad? Sabes que si esos muchachos están haciendo esas series de arriesgados ejercicios lo hacen para ganarse tu admiración.

—¡Calla! —gritó Silvy, mirando irritada a Helen, continuando —: Yo no les he dicho nada.

—De acuerdo, no les has dicho nada verbalmente, pero tu comportamiento con ellos es más que suficiente, y debieras tener un poco más de conciencia y de formalidad.

—¡Sé lo que me hago!

—Tú misma; pero no quisiera que tuvieras cargos de conciencia.

—Sé lo que te pasa, Helen —dijo Silvy mirando fijamente a su amiga—. Lo que tienes son celos, porque ves que es a mí a quien hacen caso y no a ti.

Helen, al oír las palabras de Silvy, echóse a reír y dando media vuelta se alejó, dejando frenética a su amiga.

CAPÍTULO III

UN «HUESO»

Después de dar un par de vueltas al campo hasta coger viento de buje[1], el transporte británico comenzó a perder altura, abriendo su tren de aterrizaje. La toma fue perfecta, el aparato rodó majestuosamente sobre la pista, dirigiéndose hacia el grupo formado por el Mayor, los cuatro pilotos, Silvy, Helen, cuatro mecánicos y un grupo de soldados que estaban formados.

Una vez el aparato hubo acallado sus motores e inmovilizado sus hélices, el Mayor Smith se dirigió hacia la portezuela del mismo. Ésta se abrió, desde el interior tendieron la rampa y descendió del aparato el capitán Henry Roberts. Con paso decidido se dirigió al encuentro del Mayor.

—Qué guapo es —comentó a media voz Silvy dirigiéndose a Helen.

—¿Piensas que sea otra víctima? —preguntó ésta sonriendo.

—Es joven, demasiado joven para ser capitán, tener tantas condecoraciones. Fíjate en los pasadores que lleva —contestó Silvy sin hacer caso a lo que le había preguntado Helen.

El Mayor tendió la mano al capitán Henry y dijo, presentándose:

—Mayor Smith, jefe de la base.

Henry sonrió y luego contestó:

—Capitán Henry Roberts.

—Bien venido, capitán.

—Gracias, señor; le diré francamente que tenía ganas de estar en mi nuevo destino.

—¿Qué tal las cosas por Inglaterra? —preguntó con cierta ansiedad el Mayor.

—Como siempre, señor; bien.

Después de cambiarse de ropa, Henry Roberts se presentó al Mayor, preguntando:

—¿De qué aparatos disponemos?

Sonriendo, el Mayor se dirigió hacia la ventana, hizo un gesto al capitán para que se acercase a la misma y dijo:

—¿Ve usted aquellos cuatro «Gladiator»? [2].

—Sí.

—Pues son toda la defensa aérea con que contamos.

—¡Vive Dios!

—¿Se asombra, verdad, capitán?

—Yo creía que ya no quedaban sobre la tierra ni un solo modelo de esos aviones, y por lo que veo...

—Aquí tiene cuatro, con sus cuatro correspondientes pilotos.

—¿Y con esos aparatos tenemos que defender la isla?

—Sí, capitán.

—Es una lucha de titanes.

—Lo sé, pero no tenemos otro remedio.

—Los pilotos, ¿qué tal son?

—Buenos, capitán, aunque un poco críos. Aún no saben lo que es el enemigo. En realidad en el campo de acción son novatos, pero tienen todos, una gran capacidad para el vuelo.

—Bien.

Por unos momentos permaneció callado el capitán Roberts, observando los viejos aparatos con cierta expresión de incredulidad en su rostro. Luego ofreció un cigarrillo al Mayor, encendiendo él uno.

—Peor sería nada, claro está. Me gustará hablar con los pilotos y hacer junto a ellos unos vuelos de prácticas con esos aviones a ver qué tal resultan.

—De movilidad están bastante bien, aunque no son muy veloces. El índice de planear es de uno siete.

—No está mal.

—No, desde luego. Hace mucho tiempo que los veo volar y por ahora con ellos no hemos tenido ningún disgusto serio. Reconozco que son unos trastos, pero se portan bien.

—Por la manera como habla, señor, deduzco que tiene usted gran cariño a esos aparatos.

—Tiene usted razón. Verá, esos aparatos, mejor dicho, ese

modelo de aparato trae a mi mente un gran montón de recuerdos agradables...

—Entiendo.

—En verdad, es que el hecho de verlos me hacen sentir más joven. Sé que es una tontería, pero me hace el efecto de que estoy en la Academia, dispuesto a hacer mis primeros vuelos, «a que me den la suelta»[3].

—Comprendo, señor.

—Pero no se preocupe, capitán. Hay pedidos nuevos aparatos, de los últimos modelos.

—¿Y cuándo llegarán?

—Esa pregunta queda sin respuesta, porque yo mismo no lo sé.

—Entonces no soñemos con ellos y hagámonos a los «Gladiator».

—Más vale.

—Bien, capitán —prosiguió el Mayor—, puede, si quiere, darse una vuelta y reconocer las instalaciones de que disponemos; no son gran cosa ni mucho menos, pero se distraerá.

—Gracias, señor.

Poco duró la visita a las instalaciones, Como había dicho el Mayor, las cosas por ver eran escasas. Los hangares construidos de aluminio prensado, estaban en buen estado de conservación y el interior de los mismos estaba sumamente limpio. La instalación de radio, por el contrario, era defectuosa y sucia. La torre de meteorología estaba desprovista de gran número de aparatos de medición y control. Roberts observaba todo con espíritu de crítica y de vez en cuando se dibujaba en su semblante una irónica sonrisa.

Durante la noche, Henry pensó en todo lo que había visto y en el gran número de problemas que tenía que resolver en aquella destartada base de Malta.

Sobre las doce y media de la noche, Henry despertó sobresaltado. Sin saber por qué, aguzó el oído y pudo oír el sordo roncar de unos motores de aviación a gran altura. Instintivamente se preguntó si serían aparatos alemanes. Permaneció en silencio con los nervios en tensión, a su alrededor todo era silencio, por lo que podía oír con claridad los motores de los aviones que, fueran los que fueran, íbanse alejando, pues descendía el volumen del sonido. Por fin, después de algunos minutos, dejáronse de oír. Henry no

pudo volver a conciliar el sueño hasta entrada la madrugada. Estaba nervioso, deseaba probar los aparatos que componían su escuadrilla y entrar en contacto con sus hombres.

La mañana amaneció soplando una ligera brisa procedente del Sur, por lo que era algo templada. Brillaba el sol y la visibilidad era muy buena para el vuelo. Henry decidió volar y dispúsose a ello.

Después de almorzar habló con el Mayor.

—Sí, capitán, estaba leyendo cuando pasaron, eran transportes compatriotas...

—Por unos momentos pensé si serían aviones germanos.

—Mejor que no haya sido así. Nos hubiesen cogido de sorpresa, por lo que hubiéramos acarreado con serias consecuencias.

—Pienso volar esta mañana con los muchachos, ¿le parece bien?

—Por descontado, capitán.

—Gracias, lo dispondré todo para el vuelo.

CAPÍTULO IV

EL VUELO

Agrupados los cuatro pilotos con el equipo completo de vuelo, escuchaban junto a los aparatos las palabras del capitán.

—No es que les vaya a hacer ningún examen. Sé de antemano que todos ustedes vuelan perfectamente; lo único que quiero es compenetrarme con ustedes en el vuelo. Una escuadrilla es en realidad como un equipo de fútbol. Se necesita la cooperación entre los elementos componentes y el conocimiento de movilidad entre los mismos.

Los cuatro aviadores que escuchaban al capitán sonrieron, haciendo a la par un gesto afirmativo con la cabeza. Henry continuó:

—Sé que es limitado el rendimiento de esos aparatos, que son nuestras únicas armas de combate, conjuntamente con mi aparato. Sin embargo, sabrán considerarse como pilotos que luchan con los aparatos más modernos. No debemos dejar influenciar nuestro ánimo por el hecho de que nuestros aviones sean un tanto anticuados. Con la guerra todo envejece rápidamente, con lo que quiero decir que todo es relativo, ¿comprenden?

Unánimemente, los pilotos hicieron un gesto afirmativo.

—Bien, pues monten en sus aparatos, y atentos a la orden de despegue.

Los aviadores, subieron a sus máquinas, y los mecánicos se acercaron a los aparatos para poner en marcha los motores.

—¿Contacto?

—¡Contacto!

Rugió un motor, y luego los otros fueron acrecentando el volumen del sonido. Henry hizo un gesto con la mano, indicando el

despegue, y los aparatos comenzaron a rodar por el terreno. Pocos instantes después, la escuadrilla aparecía como unos negros puntitos en el horizonte.

—¡Jefe escuadrilla llama a pilotos! ¡Jefe escuadrilla llama a pilotos! ¡Escuchen! Ganen altura hasta unos tres mil metros. Después comenzaremos los ejercicios. ¡Corto!

Los aparatos comenzaron un fuerte ascenso, con viento de cara, lo cual favorecía la maniobra. Poco a poco, los altímetros fueron subiendo, indicando las alturas alcanzadas. Los aviones volaban en «V». Henry, a través del sistema de radio, comunicó a sus hombres que debían picar. Apenas recibida la orden, los «Gladiator» inclinaron sus morros a la par que giraban sobre sus ejes longitudinales, entrando en picado. Dos de los aparatos iban a muy corta distancia uno de otro, como si los pilotos intentaran que se tocasen las puntas de las alas de sus respectivos aparatos. La imprudencia había sido vista por Roberts. Al recuperar el vuelo horizontal, volviéronse a agrupar los aparatos. Uno de ellos, el pilotado por el teniente Jim Radd, se acercó también peligrosamente al aparato del capitán Roberts, saludándole con la mano desde el interior de la carlinga. Henry comunicó por radio.

—¡«Gladiator» 2, «Gladiator» 2! Haga el favor de alejarse. No cometa imprudencias. Aléjese. ¡Corto!

Por el tono de voz con que Henry había dado la orden, Jim comprendió que el capitán estaba enojado, y por ello se abstuvo de volver a realizar algo que estuviera fuera de lo ordenado por el capitán.

Una hora y minutos había durado el vuelo. Los aparatos aparecieron nuevamente en el horizonte, dirigiéndose al campo de toma. Uno a uno, los aviones fueron aterrizando, efectuando perfectas tomas de tres puntos[4] y rodando sobre el césped hasta llegar a los hangares. Las hélices dejaron de cantar, apagándose el bramido de los motores.

Los pilotos descendieron de los aviones, y sobre el terreno despojáronse de los paracaídas, los cuales fueron recogidos por los mecánicos del campo. El capitán Roberts, después de quitarse el casco de vuelo, se dirigió a sus pilotos, hablándoles en los siguientes términos:

—Creía que tenía verdaderos pilotos y no inconscientes como

ustedes.

El efecto de estas palabras fue sorprendente. En realidad, ninguno de los aviadores se esperaba semejante crítica; quedaron sin saber qué contestar y completamente desconcertados.

—Realmente, el vuelo ha resultado de lo más desagradable. Han cometido una larga serie de tonterías que no cuadra con nuestra situación. Como comprenderán, no podemos arriesgarnos en accidentes inútiles. No disponiendo ni de suficientes pilotos ni de aparatos acondicionados a las exigencias de la actualidad. Parecen olvidar ustedes que nosotros, en realidad, somos la única defensa de la isla.

Por unos instantes, Henry permaneció callado, instantes que aprovechó el teniente Garland para decir:

—Lamento lo sucedido, señor.

—Nada de lamentaciones estúpidas. Les corrijo y espero que en lo sucesivo no se olvidarán de que son hombres con cabeza, y que cada uno de ustedes tiene una misión a cumplir, y que ha prestado juramento, no para morir en un provocado accidente, ¿comprenden?

—Sí, señor.

—Por lo sucedido hoy en el vuelo, me veo obligado a arrestar, a usted, teniente Radd, y a usted, teniente Silving.

Los dos oficiales arrestados, quedaron perplejos. Ellos, en realidad, no veían suficiente motivo para ser castigados.

A primera hora de la tarde, sobre las tres, Garland entró en la oficina del Mayor con el deseo de hablar con Silvy. Ésta estaba sentada a la máquina, y cuando entró el teniente, le saludó con la mano, a la par que preguntaba:

—¿Qué hay?

—Pasaba un momento para preguntarte si querías salir esta tarde.

—Lo siento, pero me espera Jim.

—Es inútil, Silvy. Está arrestado.

—En ese caso, no tengo otro remedio.

—Entonces nos encontraremos a las seis, ¿te parece?

—Sí.

—Nos encontraremos en el paso a nivel.

—De acuerdo.

Durante el vuelo Garland había notado un pequeño fallo en su motor, un pequeño ruido perceptible, que le hacía sospechar que algo fallaba. Por ello decidió que hasta las seis, hora en que tenía que verse con Silvy, podía repasar algo el motor. Trabajó afanosamente, buscando el fallo del mismo, sin lograr encontrar nada. De pronto dióse cuenta de que eran las seis menos cuarto. Pensó que se le hacía tarde y decidió recoger las piezas y sin montarlas ir en busca de Silvy.

—¿Encontró lo que deseaba? —preguntó una voz a espaldas del teniente Garland.

El oficial se volvió y vio al capitán Roberts que, apoyado en el dintel de la puerta para el personal del hangar, le observaba.

—No señor.

—¿Qué le sucede, teniente?

—Verá, señor; mientras volábamos me pareció oír un pequeño fallo en el motor y estaba repasando algunas de sus partes, pero como se me hace tarde, continuaré después.

—¿A dónde tiene que ir?

—A dar un paseo, señor.

—Pues lo siento; no podrá salir hasta que no haya vuelto a montar esas piezas.

—Pero yo...

—Es una orden, teniente. No puede abandonar el campo hasta que no haya dejado nuevamente el aparato en condiciones de vuelo.

Garland, bajando la vista como para evitar que el capitán se diese cuenta de lo que pensaba, contestó:

—Bien, señor.

—Cuando haya terminado, puede salir.

—Gracias.

Roberts se alejó, dejando a Garland sumido en confusas protestas.

CAPÍTULO V

UN PLANTÓN

—¿Te parece bien lo que ha hecho el capitán? —preguntaba nerviosamente Silvy a Helen.

—Si los ha arrestado, sus motivos tendrá, y nosotras no somos nadie para hacer comentarios.

—Solamente te pregunto si te parece bien lo que ha hecho.

—Sí.

—Pues a mí no. Yo esta tarde quería ir a bailar, y aquí me tienes, sin saber qué hacer.

—Para ti no ha de tener importancia. Intenta salir con el capitán.

—¡Chica! Me has dado una idea.

—¿Pero te lo tomas en serio?

—Pues claro.

—Si lo llego a saber no te lo digo. ¿No comprendes que es imposible? ¿No te has dado cuenta del genio que tiene y de cómo se comporta? Bajo mi punto de vista creo que es un hombre inabordable o poco menos.

—No tanto, Helen. Déjame a mí y verás como yo lo amanso. Tengo bastante mano derecha y sé cómo llevarlo. No tardará en estar hecho un corderito al igual que los otros.

—Veremos, permíteme que lo dude.

—Haces mal en dudar. Te aseguro que todo su orgullo se irá por el suelo como me llamo Silvy.

—Bueno, tú sabrás lo que te haces, pero me parece que será igual que darte de cabeza contra un muro.

—Los hombres son fáciles de manejar. Con un poco de picardía haces de ellos lo que quieres. Una sonrisa a tiempo vale más que

todo el oro del mundo, cuando se trata de conquistar a un hombre orgulloso y engreído.

—Puede ser.

—Y lo es.

Silvy a espiaba a través de los cristales de la ventana los movimientos del capitán. En realidad aquel hombre tenía algo desconcertada a Silvy. Ésta estaba acostumbrada a que los hombres se rinden rápidamente a sus encantos, pero en esta ocasión se había tropezado con un hombre que ni siquiera la miraba. El amor propio de Silvy estaba resentido y se había prometido a sí misma recurrir a todos los medios para atraerse al capitán.

Henry avanzaba a lo largo del pasillo con paso lento, con las manos en la espalda y la cabeza algo inclinada, como si fuera meditando algo. La expresión seria de su rostro, imponía respeto.

—¡Buenas tardes, capitán! —dijo Silvy saliendo repentinamente del despacho.

—Buenas tardes.

—¿Tiene usted hora? Se me ha parado el reloj.

—Las seis y media.

—Gracias.

Mientras hablaban, Silvy planeaba rápidamente las preguntas que debía hacer, con intención de entablar conversación y de llamar la atención del oficial.

—¿Sabe usted si sale algún coche oficial hacia la población?

—Pues, francamente, lo ignoro.

—Tengo el resto de la tarde libre, pensaba salir a dar una vuelta. La ciudad es muy divertida y uno pasa el tiempo más alegremente.

—Comprendo.

Silvy comenzó a ponerse nerviosa, El capitán parecía inmutable.

—¿Tiene usted algo que hacer?

—Momentáneamente no se me ocurre nada.

—Entonces, ¿quiere que le enseñe la ciudad?

Roberts permaneció callado, como si meditase la respuesta.

—Pues ahora que recuerdo...

—¿Qué?

—Tengo que pasar en limpio unos cálculos de cartografía.

—Lo siento por usted.

—Y yo, pero antes es la obligación que la devoción. Lo podemos dejar para otra ocasión, ¿no le parece?

—Sí, claro...

—Pues bien, buenas tardes.

—Buenas tardes.

Henry apretó el paso, dejando a Silvyta rezagada. La muchacha sintióse rabiosa y por unos momentos deseó llamar al capitán y decirle todo lo que se le ocurriese. Sin embargo, se retuvo.

Helen miraba sonriente el enfurecido rostro de Silvyta. Ésta se había sentado en una butaca y entre sus maños estrujaba un minúsculo pañuelo.

—Te lo advertí.

—Todavía no me he rendido. Quien la persigue la mata.

Silvyta se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la estancia. Encendió un cigarrillo, que tiró después de cuatro o cinco chupadas.

—¿Estás nerviosa?

—No; lo que estoy es rabiosa. ¿Qué se habrá creído el tonto ése? Ni que fuera Su Alteza.

—Lo que pasa es que estás mal acostumbrada, y te viene muy de nuevo el que un hombre se te resista, y ahora es cuando te veo a ti en franco peligro.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente que... que puedes morder el anzuelo.

—Tonterías.

—No eres inmune.

—¡Bueno, cállate, no me sermonees! Soy mayorcita, y sé lo que tengo que hacer.

Cuando Garland terminó de montar las piezas de su aparato se dirigió hacia las oficinas en busca de Silvyta. Cuando entró en el departamento de las mismas encontró a Silvyta en un estado de irritabilidad elevadísimo.

—Siento lo que ha sucedido, Silvyta, pero el capitán fue...

—¡Cállate, te lo ruego! ¿Es que no sabéis hablar más que del capitán? ¡Parece que es el único tema de conversación que hay!

—Perdona.

—Tú eres el que tienes que perdonarme. No he debido contestarte de este modo, pero es que estoy muy nerviosa.

—¿Te ha pasado algo?

—Nada de importancia.

Garland sacó el paquete de cigarrillos y ofreció uno a Silvy. Después cogió el otro, lo encendió y dijo:

—Bueno, como veo que no estás de humor me iré yo...

—Te agradezco me dejes sola, no te enfades.

—No, no te preocupes; si me necesitas porque estés en algún apuro, no dudes en recurrir a mí.

—Gracias, así lo haría, pero no puedes ayudarme. Tengo que resolverlo yo sola.

—¿De veras no puedo serte útil?

—No.

—Entonces, adiós.

—Adiós.

Cuando Garland abrió la puerta para marcharse, Silvy dijo:

—Escucha, te ruego no hagas comentarios. No digas por el campo que me has visto preocupada.

—No temas, no diré nada.

—Gracias.

Cuando el oficial salió del despacho, sintió una terrible curiosidad por saber lo que le sucedía a Silvy. Pensó y pensó pero no llegó a ninguna conclusión práctica. Garland era de carácter abierto, sin reservas de ninguna clase. Por ello no comprendió que Silvy no se expansionase con él.

CAPÍTULO VI

EL PRIMER ENCUENTRO

Cuando el sol se levantó, se extendía una débil bruma sobre la costa. La luz se filtraba melancólicamente, llegando debilitada a la superficie.

Aquella mañana habían volado sobre la isla algunas escuadrillas de aparatos alemanes, bombardeando muy al sur de la isla de Malta. También llegaron cables indicando y notificando que escuadrillas de Junkers habían atacado a la escuadra británica, cerca de la costa noreste de la isla. Según más datos recibidos, los aparatos alemanes volaban bajísimos en sus descargas sobre los barcos ingleses, causando daños de consideración en diversas unidades de combate marino.

La cubierta del «Illustrious» estaba materialmente destrozada por los impactos germanos. El portaaviones se dirigió, con gran lentitud debido a sus averías, hacia las costas de Malta. Los aparatos alemanes, viendo la gran cantidad de humo que brotaba del aparato, dieron a éste por hundido, dejándolo y volviendo a la base del Norte de Italia. El «Illustrious», terriblemente averiado, se afanó en buscar refugio. El barco por el momento estaba completamente inútil desde todos los puntos de vista. Cuando llegó al puerto militar de Malta salieron dos remolcadores en su auxilio, pues por sí solo no podía maniobrar.

Los cuatro aparatos volaban a gran altura, sobre el mar. Sabían que el acorazado «Southampton» navegaba en aquellas aguas. Los aviones ingleses de las fuerzas de Malta habían salido en protección de dicho barco. Al parecer éste ya había sido bombardeado por los alemanes, quedando averiado su sistema de telecomunicación, por lo que en aquellos momentos no se tenía la menor noticia de su

posición y de su estado.

El capitán Henry Roberts había salido con sus pilotos con la misión de localizar y proteger al barco. Una hora de vuelo llevaban sin haber encontrado el más mínimo rastro de él, por lo que el capitán ordenó que la escuadrilla se disgregase, cubriendo por lo tanto un más amplio sector.

Los aparatos pilotados por los tenientes Ronnie Silving, Garland Langman y Jim Radd, llamábanse «Fe», «Esperanza» y «Caridad», nombres que tenían los aparatos desde que fueron agregados de las fuerzas aéreas. Durante el vuelo los tres aparatos mantuvieron estrecha comunicación con el aparato del Jefe de Escuadrilla, capitán Roberts. Sobre una hora y media después del despegue, el aparato pilotado por Langman comunicó.

—¡«Esperanza» llama a jefe de escuadrilla. Llama a jefe de escuadrilla. Corto. Cambio!

—¡Jefe escuadrilla contesta a «Esperanza» «Esperanza» hable!

—¡Atención, diviso estela de humo hacía nornordeste, con referencia en mapa, situación M. 0 – 00 – 0006. B-14.02. Espero órdenes!

—¡Jefe escuadrilla contesta. Aproxímese. Seguimos ruta, punto indicado. Comunique continuamente!

El viejo «Gladiator» se dirigió rectamente hacia el lugar del cual ascendía una visible columna de humo. Pocos minutos después de haber comunicado con el jefe de escuadrilla, el piloto pudo distinguir con toda claridad las características del buque.

El «Illustrious» había sido localizado, pero su estado demostraba su próximo hundimiento. Escorado sobre la derecha de un modo terrible, ponía de manifiesto las vías de agua que tenía abiertas. En proa se había declarado un violento incendio contra el que luchaban inútilmente los marinos. «Esperanza» comunicó inmediatamente lo observado al jefe de escuadrilla, y éste, a su vez, comunicó con un guardacostas británico, dando la posición del barco alcanzado.

Desde el aire hacía un efecto raro el observar aquel buque que con gran lentitud se iba hundiendo. Las lanchas de salvamento habían sido lanzadas al agua, con los marinos correspondientes. Por fortuna la «santabárbara» se encontraba fuera de peligro de ser alcanzada por el incendio. Los cuatro aparatos procedentes de Malta

dieron vueltas y más vueltas sobre el buque, impotentes de prestar auxilio a aquellos hombres que luchaban con la muerte. Minutos más tarde el barco británico se hundía, desapareciendo totalmente bajo las onduladas aguas, quedando en su lugar una inmensa mancha de aceite, algunos maderos y los botes con la tripulación salvada. Los aparatos bajaron a ras de agua, pasando junto a los botes como queriendo indicar que debían estar tranquilos pues iban a ser salvados. El «Southarypter» se hundió exactamente veinticuatro horas después de haber sido averiado el «Illustrious». Los aviones volaron sobre los supervivientes hasta que en el horizonte apareció la silueta del buque que venía a rescatar a los náufragos. Roberts dio entonces la orden de volver.

El vuelo de regreso fue apacible y sin incidente de ninguna clase. Los aparatos volvieron en perfecta formación a la base, manteniendo un vuelo uniforme y seguro.

Después de haber encerrado los aparatos en los hangares, los tenientes esperaban que el capitán Roberts tuviera para ellos alguna frase de elogio, pero el capitán se abstuvo de todo comentario, cosa que dejó cabizbajos a los tres oficiales.

—No creo que lo hayamos hecho tan mal como para no merecernos ni un saludo —dijo Silving.

—Más vale no hacer caso; de lo contrario nos estaría amargando continuamente con su avinagrado carácter. Yo no pienso preocuparme lo más mínimo. Os lo aseguro —contestó Jim.

—Tienes razón, más vale no preocuparse. Cada uno es como es y no hay que darle más vueltas al asunto.

—Sin embargo, si fuera un poco más sociable estaríamos como en el paraíso.

—Pero como no lo es...

—Tenemos que fastidiarnos.

—Yo creo que debe estar amargado por algo. No sé qué será, pero su comportamiento no concuerda con su edad. Es demasiado serio y escueto. En él no hay alegría. Todo son sombras y malos humores.

—Ignoro también la razón por la que dices que debe estar amargado. Sin embargo, aparentemente no tiene razón para estarlo. Es tan joven como nosotros y es capitán, y además tiene un montón de condecoraciones...

—Quizás ellas tengan la culpa.

—¿Qué quieres decir?

—Que a lo mejor se le han subido a la cabeza, y por eso anda con esos humos.

—Puede ser, pero no creo que sea ése el motivo.

—Lo mejor es que pensemos que es así, por ley de herencia. Queda más bonito y científico.

—De acuerdo. Entonces gritemos: ¡Muera la ley de herencia!

Después de despojarse de sus trajes de vuelo los tres amigos se dirigieron a la cantina en busca de un buen vaso de cerveza.

—¡Hola, Helen!

—¿Qué tal, muchachos? ¿Cómo fue el asunto por los aires?

—Bien —contestó Jim.

—Me alegro.

—Pero fue un poco aburrido. No encontramos caza.

Helen, sonriendo, tendió los vasos de cerveza sobre mostrador. Luego volvió a preguntar.

—¿Y el capitán?

Jim volvióse a mirar a Helen con cara de sorpresa. Luego con expresión irónica contestó:

—Bien de salud.

—Lo que quiero preguntar es, ¿cómo no está aquí con vosotros?

—A nosotros no nos lo preguntes. Somos suecos.

Después de beberse las respectivas cervezas, quedáronse pensativos, hasta que a uno de ellos se le ocurrió lugar a cartas.

CAPÍTULO VII

UNA PROMESA

La estancia estaba bañada por el sol, que entraba a través de los ventanales de aquella habitación que hacía las veces de bar, sala de estar y biblioteca. Silvyta tarareaba una cancioncilla mientras iba de un lado a otro de la estancia marcando algunos pasos de baile. En un rincón la radio no dejaba de funcionar, esparciendo las claras notas de alegres músicas.

—¿Hay alguno de vosotros que quiera bailar? —preguntó Silvyta.

Como contestación a su pregunta se levantaron los cuatro aviadores a la par.

—Calma, muchachos; con todos a la par no puedo. De uno a uno si os contentáis.

—Claro está que nos contentamos —repuso Jim.

—En ese caso... podemos bailar.

Minutos después de empezar a bailar entró Helen. Inmediatamente los que estaban sentados viendo cómo bailaban se levantaron solicitando a Helen el derecho de bailar con ella. Mientras tanto Jim preguntó a Silvyta.

—¿Tienes algún favorito entre nosotros o nos consideras a todos iguales?

—Qué pregunta más tonta.

—Lo será, pero contéstame; te lo ruego.

—Verás, hombre; a todos os he conocido en una misma época y en las mismas condiciones, lo cual os pone ante mí en igualdad de derechos.

—Tu respuesta no es sincera; no se ajusta a lo que te pregunto. Estoy de acuerdo en que nos has conocido bajo el mismo matiz, pero no somos iguales, por lo que tú has de tener preferencias.

—¿Tienes mucho interés en saberlo?

—Sí.

—Pues no sé qué contestarte.

—¿Por...?

—Nunca me he sentido inclinada a establecer diferencias, ¿entiendes? Cada uno de vosotros, en realidad, atendiendo a vuestro modo de ser, sois completamente diferentes y quizás debido a ello no sé renunciar a la amistad de ninguno de vosotros.

—Pero el que tengas una predilección...

—Si la tuviera me vería obligada a renunciar a la amistad de los otros y eso no lo quiero.

—No te comprendo, Silvy.

—Quizás sea mejor.

—¿Tú crees?

—Sí; de este modo se evitan disgustos.

—Sin embargo, yo creo que tienes tus preferencias.

—¿Por qué lo crees?

—Por algunos detalles que he podido observar. Estoy seguro de que ni te has dado cuenta de tus manifestaciones.

—No sé de qué hablas, ni a quién te refieres.

Por unos momentos Jim miró a Silvy con crítica mirada; después, haciendo un esfuerzo para demostrar serenidad, dijo:

—Bueno, es mejor que dejemos correr este asunto.

—Como quieras.

Después del baile se sentaron alrededor de una amplia mesa donde había un montón de revistas.

—¡Siempre las mismas revistas! ¿Cuándo vais a traer nuevas? —preguntó Garland.

—Hay algunas nuevas que no habéis visto —contestó Silvy.

—Pero son muy aburridas.

—Siempre estáis descontentos. ¿Se puede saber qué os pasa?

—Te diré, Silvy —dijo Jim—; tenemos deseos de pelear. Estamos esperando con ansiedad que llegue el momento de encontrarnos cara a cara con la aviación germana.

—Eso está bien, muchachos, y para compensar vuestro valor os hago una promesa.

—¿Cuál?

—Mirar, el primero de vosotros que derribe un avión alemán, le

daré un beso.

—¡Viva! —gritó Garland.

—¿Bajo palabra? —preguntó Silving.

—Sí, claro está.

Por unos instantes permanecieron todos callados. Los oficiales pensaban en el dichoso momento de derribar un avión enemigo, y luego pensaron en el premio. Silvy rompió el silencio diciendo:

—Además le daré una fotografía mía. ¿Qué os parece?

—Francamente maravilloso, pero ¿cuál nos darás?

—Pues... una que viene en esta revista.

Silvy señaló una revista que había sobre la mesa.

—Queremos verla —dijo Jim.

—Como queráis.

Cogiendo la revista comenzó a hojearla.

Repentinamente la expresión del rostro de Silvy cambió por completo. Con cierto enfado preguntó.

—¿Quién de vosotros ha sido el fresco que se la adelantado y la ha recortado?

Los cuatro tenientes se miraron unos a otros con cara de asombro.

—Venga, no haceros los despistados. ¿Quién ha sido?

Jim encogiéndose de hombros dijo:

—Yo no, bajo palabra, Silvy.

—¿Y vosotros?

—Tampoco: te damos nuestra palabra.

Silvy se los quedó mirando, volvió a sonreír y dijo:

—Sois una colección de pillos embusteros, igual que críos.

—Pero si no hemos sido...

—Bueno, dejémoslo —atajó.

—Bien, como quieras, pero no quisiera que te quedases con la idea de que he sido yo el que ha recortado la fotografía de la revista —aclaró Jim.

—No quiero hablar más de este asunto; resulta muy desagradable, pero cuando yo me entere de quién ha sido, por descontado que pierde mi amistad a no ser que él mismo me lo diga y me la devuelva.

Cuando marcharon los oficiales y quedaron a solas Silvy y Helen, esta última preguntó:

—¿Quién crees que puede haber recortado la foto?

—Pues no sé.

—Pero debes tener alguna sospecha sobre alguno determinado.

¿No hay alguno de ellos que te parezca más culpable que los demás?

—No, francamente.

—Quizás no la tenga en realidad.

—Entonces, ¿quién la tiene?

—Vete a saber, quizás...

—Insinúas que acaso el capitán...

—¡Válgame Dios! Ni soñarlo, Silvy; no te hagas ilusiones.

—No está dentro de lo imposible, por lo tanto.

—No seas ilusa, Silvy. Nunca he visto un hombre más serio y firme. Es en realidad incapaz de hacer eso.

Las dos amigas continuaron hablando durante un buen rato, haciendo comentarios sobre un sin fin de cosas. Después de casi una hora de intensa conversación, Helen decidió terminar con la misma y levantándose de donde estaba dijo a Silvy:

—Empiezo a tener sueño. Si me dispensas me iré.

—Sí, vete.

—Verás, hoy he madrugado mucho, y mañana debo hacer lo mismo. Si no me voy pronto a dormir luego se me pegan las sábanas y no hay quien me haga levantar.

—Pues buenas noches.

—Buenas noches, Silvy.

Cuando Silvy se quedó sola volvió a pensar sobre quién tendría su foto. Sentíase indignada al pensar que la podía tener alguno de sus asiduos pretendientes.

CAPÍTULO VIII

LO QUE SE ESPERA

El pequeño coche oficial, haciendo verdaderos esfuerzos, marchaba por los tortuosos caminos de carro que conducían hasta el Cuartel General de la isla de Malta. El Mayor Smith daba tumbos en el interior del coche y de vez en cuando dejaba escapar alguna que otra exclamación de protesta que venía a demostrar su incomodidad en el interior del vehículo.

El sinuoso camino atravesaba verdes prados salpicados de alegres colores procedentes de diversas flores. El cielo estaba limpio de toda bruma, por lo que los colores naturales parecían estar dotados de una limpieza exuberante. A lo lejos se divisaba un edificio de no muy grandes dimensiones, totalmente construido de madera y que permanecía oculto entre un gran número de olivos. El edificio, pintado a manchas verdes y marrones, era perfectamente invisible a la aviación.

—Menos mal que ya llegamos —dijo el Mayor a su acompañante.

—Sí, desde luego; tengo ganas de sentarme en un sillón que no de tumbos —contestó el Mayor de infantería que iba sentado al lado de Smith.

Cuando el coche se detuvo ante el edificio y bajaron los dos oficiales, varios soldados de guardia saludaron militarmente a los recién llegados.

Lord Gort, antiguo jefe de las Fuerzas Expedicionarias Inglesas en Francia y entonces comandante en Jefe de Malta, se puso en pie, sonriendo con serenidad. Aquel soldado veterano jamás perdía la calma. Ni siquiera durante la derrota de Dunquerque había sentido que su pulso se alterara. Por esta razón le habían dado el mando de

la isla, sobre la que volcaban las fuerzas del Eje todo su poderío de bombas y de metralla.

—Caballeros, no creo ni mucho menos que nos sea difícil defender Malta con los hombres y materiales que disponemos. Les parecerá que mis palabras son insubstanciales, pues en realidad disponemos de escasos medios de defensa. Pero tengan en cuenta que las costas de Malta son difíciles de abordar mediante un desembarco y que la isla no es tan grande que no demos abasto con la defensa. Lo único verdaderamente peligroso sería un ataque de paracaidistas.

Un brigadier de infantería exclamó:

—Señor, me agradaría hacer resaltar que no es difícil llegar desde Italia en un bote de goma; tan sólo nos separan de la costa adversaria sesenta millas. Un buen remero puede alcanzar esta isla y señalar los lugares más a propósito para el salto o para los bombardeos.

—Lo tengo ya en cuenta y el departamento de seguridad ha tomado sus medidas. ¿No es así, inspector?

Un hombre de mediana edad, ataviado con ropas de paisano, asintió.

—Los documentos de identidad se revisan a cada momento y no es fácil que en una población tan limitada como es la de Malta nos pase un espía desapercibido.

Lord Gort continuó:

—Tenemos municiones y víveres en abundancia y debemos sostener esta plaza, uno de los pocos apoyos que le quedan a nuestra flota en el Mediterráneo. Sea como sea, debemos hacerlo. Éste es nuestro puesto de combate, como lo es Inglaterra para algunos y el desierto para otros.

—El verdadero peligro está de playas hacia fuera, ¿comprenden?

Los diversos jefes reunidos asintieron unánimemente; con un gesto de cabeza el general prosiguió:

—Los alemanes no creo que intenten la ocupación de la isla mediante un desembarco, pues saben que la defensa de la costa es bastante eficaz estando bien artillada. Como he dicho anteriormente, más bien creo que se limiten a un bloqueo naval, incomunicándonos con las fuerzas exteriores. Realmente hay otro serio peligro contra el cual contamos con escasísimos medios de

defensa, y este peligro son los bombardeos. Por desgracia nuestra defensa aérea es limitadísima, como ya sanemos. Por lo tanto es esta parte la que más me preocupa.

El general, volviéndose al Mayor Smith, preguntó:

—¿Qué opina usted, Mayor, sobre este parecer?

El Mayor levantándose dijo:

—Francamente, considero nuestros recursos para la defensa aérea, casi nulos. Contamos con una totalidad de cuatro aparatos, los cuales son de viejo modelo, por lo que son de escaso valor bélico. Nuestros aviones en la actualidad, por descontado, no podrán resistir mucho los embates de la aviación enemiga, superior en número y en calidad.

Las palabras del Mayor dejaron consternados a los mandos de las diferentes armas que se encontraban reunidos. Sabían todos ellos que la defensa aérea dejaba mucho que desear, pero no habían creído que llegase al extremo de contar solamente con cuatro aparatos, los cuales eran viejos y destartalados. El general, sonriendo con cierta ironía, dijo:

—De sus palabras deduzco que no podremos defendernos de los ataques aéreos.

—No dije tanto, señor. Podremos defendernos en un principio, pero como comprenderá en un caso como éste la resistencia es limitada.

—Claro, comprendo.

—Los pilotos son inmejorables, pero escasos y con malas armas, aunque espero nuevos aparatos de combate.

Las conversaciones se alargaron durante casi una hora más, después de la cual los reunidos, habiendo aclarado todos los puntos dudosos, reincorporáronse a sus unidades.

Nuevamente el pequeño coche traqueteaba por el sinuoso camino.

—Más despacio, chófer —advertía el mayor, sujetándose su gorra de plato con la mano derecha.

El mayor Smith fue durante todo el camino de regreso sumido en hondas meditaciones, no cruzando la menor palabra con su acompañante. Cuando por fin llegó al campo salió a recibirle el capitán Roberts.

—¿Qué hay, señor? —preguntó Henry.

—Mal, capitán. El general está empeñado en que seamos nosotros los héroes de la situación.

—Me lo suponía.

—Hemos de defender con nuestros cuatro aparatos esta isla. No hay más remedio.

Cuando llegó a su despacho el mayor, tiró la gorra sobre un sillón de mimbre y después de encender un cigarrillo dijo al capitán:

—Siéntese, capitán; voy a resumirle todo lo que hemos hablado.

—Bien, señor.

—No crea que va a oír cosas muy interesantes.

—Le escucho.

El mayor hizo una reseña de todo lo que se había hablado en la reunión con el general jefe de la defensa de Malta. A medida que iba hablando, el rostro del capitán Roberts fue cambiando de expresión, llegando a una demostración de asombro.

—Lo que oye, capitán; los alemanes iniciarán dentro de pocas horas, según las noticias recibidas, una serie de intensos bombardeos sobre la isla, y hemos de ser nosotros, solamente nosotros, los que detengan a los aparatos enemigos.

—Pero eso es imposible —protestó Henry.

—Eso mismo he dicho yo, y le contestaré lo que me han contestado a mí; no hay nada imposible.

CAPÍTULO IX

UNA PÉRDIDA

Se esperaba que de un momento a otro el cielo se cubriese de aparatos enemigos. Las fuerzas de defensa de Malta estaban preparadas en todo lo posible para detener los aparatos germanos. Los cañones antiaéreos miraban continuamente a lo alto, esperando llegase el momento de hacer resonar sus roncadas voces. El servicio de escuchas se mantenía continuo y los hombres estaban continuamente en espera de los ataques. Todos los permisos, fueran de la índole que fueran, quedaron cancelados en breves instantes.

En el campo de aviación los aparatos de los cuales se disponía estaban listos para el despegue, en caso de que el servicio de escuchas notificara el aprovisionamiento de aparatos enemigos. Los pilotos aguardaban impacientes el momento de enfrentarse con el enemigo. Ansiosos de ello los tres amigos, esperaban oír sonar de un momento a otro la sirena de llamada.

Frente a los hangares Henry miraba con cierta guasa los cuatro «Gladiator», los cuales con su destartado aspecto eran la fuerza aérea de que disponían. Mentalmente Henry veía a aquellos aparatos luchando contra los «He 70»[5] alemanes, y sentía cierta sensación de angustia.

Sobre las cuatro de la tarde sucedió lo esperado. Repentinamente sonaron las sirenas de alarma y ésta cundió por todos los rincones del campo. Silving, Longman y Jim corrieron al encuentro del capitán.

—¡Rápido, a los aparatos! Ahora me reuniré con ustedes y les daré la ruta. ¡Voy al puesto de mando!

Obedeciendo lo ordenado, los tres pilotos se dirigieron a sus respectivos aparatos. Henry Roberts corrió al puesto de mando. Una

vez en él se dirigió a las mesas de navegación, junto a las cuales estaba el mayor y el teniente de Servicios Auxiliares.

—¿Cuál es la ruta? —preguntó ansioso Roberts.

—Nordeste, sur éste —respondió el teniente auxiliar.

—¿Distancia?

—Unos cuarenta kilómetros.

—¿Velocidad?

—Sobre doscientos treinta.

—Bien, saldremos al encuentro de los aparatos germanos si usted no ordena otra cosa —dijo Henry volviéndose al mayor.

—No; salgan y que tengan suerte.

—Gracias, señor.

Roberts salió a la carrera del puesto de mando y cruzando el campo se dirigió hacia sus hombres que esperaban en sus aparatos. Henry les gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Listos, muchachos. Despegad con ruta Norte.

—¡¡Bien!!

Los aparatos acrecentaron el rugir de sus motores y en el aire vibró el cantar de las hélices. Inició el despegue el capitán Roberts y los tres restantes aparatos siguieron al primero, tomando rumbo en amplio círculo. Poco a poco fueron disminuyendo de tamaño y pronto no fueron más que unos puntitos negros en la inmensidad de los cielos.

El día era claro y la visibilidad para los aviadores era excelente. Los aparatos eran de vez en cuando bamboleados por ráfagas de aire que les cogía de lado. Los cuatro aparatos que constituían la defensa de Malta volaban en perfecta formación. Repentinamente por delante de ellos, casi a la misma altura, aparecían varios puntos plateados que iban ganando tamaño.

—¡Capitán llama a escuadrilla! ¡Capitán llama a escuadrilla!
¡Cambio!

—¡Escuadrilla escucha a capitán! ¡Cambio!

—¡Atentos escuadrilla! Por delante nuestra formación aparatos enemigos. Presentemos combate.

Los aviones ingleses se desplegaron, abriendo círculo y ganando altura. Al parecer los aparatos alemanes no habían visto a los ingleses, pues sin variar formación, ni ruta, continuaron avanzando hacia ellos. Jim observaba a los aparatos germanos, los veía crecer y

podía ir distinguiendo los detalles de los mismos. La lucha se avecinaba, con desventaja para los cuatro aparatos de Malta, pues los alemanes volaban en muy superior número. La formación alemana constaba de seis Junkers de bombardeo y unos siete «He 70». Poco a poco ambos fueron acercándose. El capitán Roberts comunicó por radio a sus hombres:

—¡Atentos: ganemos altura; cuando inicie el picado sobre los aparatos de bombardeo, seguidme!

Por debajo de ellos volaban los alemanes. Jim, al ver aquellos aparatos tan superiores al que él pilotaba, sintió por unos momentos cierta desagradable impresión, pero de pronto llegó hasta él una voz que decía: «Al primero que derribe un aparato enemigo le daré un beso». Sintióse confortado y esperó con impaciencia el momento en que el capitán de escuadrilla iniciara el ataque. Repentinamente el aparato del capitán giró sobre su eje longitudinal, resbaló sobre el ala izquierda picando sobre los bombarderos germanos. Inmediatamente los otros tres aparatos le siguieron. El vuelo en picado siempre resulta impresionante. Jim eligió la víctima y se dirigió hacia ella con mortales instintos. Tabletearon las ametralladoras, elevando su canto a la muerte. Los espacios se estremecieron con la rápida agresión de los dos bandos. Los aparatos germanos se revolvieron como perros de presa sobre el enemigo que tan inesperadamente se había lanzado sobre ellos. Los aparatos de bombardeo alemanes, menos rápidos en movilidad, viéronse alcanzados por las ráfagas enemigas, aunque éstas no causaron daños debido a lo potente de los aviones. Al sentirse atacados, rápidamente la formación alemana se deshizo, perdiendo altura los bombarderos y lanzándose sobre los «Gladiator» los cazas germanos. Las ametralladoras de ambos bandos escupían mortales proyectiles. Jim evolucionaba sobre un «He 70», intentando ponerse sobre su cola, ganando altura. Dos veces estuvo a punto de apretar los gatillos de su ametralladora, pero la rápida movilidad del «He 70» imposibilitaba efectuar un buen blanco. Durante unos diez minutos los aviones surcaron el espacio en todas direcciones y sentidos. Jim vio por debajo de él un bombardero alemán escoltado por dos «He 70». Durante unos minutos dudó de lanzarse sobre el aparato enemigo. Los Heinkels vieron al «Gladiator» y levantando morro, ascendiendo en círculos concéntricos, buscaron al aparato de

Jim. Pero éste no hizo caso de los dos cazas y picando se lanzó sobre el bombardero. A través de los auriculares llegó hasta Jim la voz del capitán Henry.

—¡Radd, cuidado; se le acercan por la derecha; atento, atento!

Pero Jim no hizo caso de la advertencia del capitán y sin mirar ni siquiera a los enemigos que se le acercaban siguió picando. Escuchó nuevamente la voz de su capitán advirtiéndole. Pero pensó que si obedecía a ésta el bombardero se le escaparía. Sin pensarlo más desconectó los auriculares. El motor zumbaba vigorosamente, pues Jim picaba sin quitar gas. Ante el punto de mira de sus ametralladoras quedó centrada la silueta del avión alemán. Entonces pulsó los gatillos. Siguió acercándose al avión enemigo sin dejar de disparar. Repentinamente pudo observar como uno de los motores del Junkel humeaba y era rodeado súbitamente de rojas llamas. El «Gladiator» pasó a escasos metros del aparato alemán. Jim entonces intentó recuperar vuelo; tiró del poste de mando. Sintió que la sangre se le helaba en las venas; el avión no obedecía al mando. Nuevamente movió la palanca y entonces comprendió lo sucedido. Los «He 70» habían ametrallado la cola, destrozándole los timones de profundidad. El aparato comenzó a girar sobre su eje longitudinal, entrando en barrena. El brillo del sol sobre las aguas del mar deslumbró a Jim. La catástrofe ocurrió en un segundo. El aparato se hundió en el mar, rodeado de una tumultuosa espuma y dejando sobre la superficie un sin fin de pequeños.

CAPÍTULO X

UN ESCARMIENTO

Los reunidos estaban en silencio. Todos tenían la mente puesta en el recuerdo del compañero muerto. Todos parecían ver al aparato de Jim hundiéndose en el mar, arrastrando su cuerpo. Silvy, de pie junto a una de las ventanas, lloriqueaba sin decir una palabra. Repentinamente Helen se levantó de su asiento y dirigiéndose a Silvy, poniéndola una mano en el hombro, dijo:

—Era de esperar que uno u otro cayera. Por algo es la guerra.

—No puedo hacerme a la idea de que esté muerto.

—La realidad se impone.

—Y es cruel.

—Como todas las realidades.

Durante unos segundos permanecieron calladas. De pronto Silvy volvióse hacia los dos compañeros de Jim y preguntó:

—Pero ¿cómo ha podido ser?

Silvy no recibió contestación. Desesperada preguntó:

—¿Qué os pasa?

Ninguno de los dos dijo nada. Silvy sentóse imitando a ellos y secándose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas dijo, con voz apagada:

—Sé lo que pensáis.

—Entonces no preguntes —contestó Silving.

La contestación de Silving fue como una chispa que enciende un pajar.

Silvy, levantándose enfurecida, contestó:

—¡Podáis pensar cuánto queráis, pero estáis equivocados! Yo no soy mala. Si Jim ha muerto era porque cumplía su deber, y nada más.

- Nadie te dice nada, Silvy.
- En ocasiones las palabras sobran.
- Eres libre de pensar lo que quieras.
- Ya lo sé.

Dando media vuelta, Silvy salió de la estancia dejando solos a Helen, Silving y Longman.

—Como el beso de Judas —comentó Garland.

Todos callaron sin hacer eco a lo dicho por Garland, aunque en el fondo estuvieran unidos por la misma idea. Helen, encendiendo un cigarrillo, comentó:

—Los nervios están deshechos. Mañana estaremos más serenos y podremos hablar con más tranquilidad.

—En parte tienes razón —dijo Longman continuando— pero tanto hoy como mañana lo sucedido será igual.

—Lo sucedido sí, pero quizás razonemos más fríamente y veamos las cosas desde otro punto de vista menos rencoroso y acusativo.

—Puede ser.

—No lo dudemos. Será mejor para todos que nos vayamos a descansar.

—De acuerdo.

Se levantaron todos y con paso cansado se dirigieron hacia la puerta. De pronto, alguien gritó a sus espaldas:

—¡Un momento!

Volviéndose, vieron al capitán Roberts que con el rostro encolerizado les decía.

—Quisiera me aclarasen algunos puntos de la conversación que han estado manteniendo.

Garland, adelantándose, dijo:

—Lo que quiera, señor.

—¿Quién tiene la conciencia sucia?

—No comprendo.

—Más claro, ¿qué ha tenido que ver *miss* Silvy con la muerte de Radd?

Todos permanecieron callados sin ofrecer ninguna contestación. Nuevamente el capitán preguntó:

—¿Qué tiene que ver? ¡Contesten!

—Verá, señor; en realidad no creemos que sea de considerar

cierta conversación que se sostuvo últimamente —dijo Garland.

—¿Cuál?

—Últimamente Silvyva dijo que al primero de nosotros que derribara un aparato enemigo le daría un beso.

El silencio hízose sepulcral. Todos permanecieron callados observando el rostro del capitán que habíase tornado pálido como la cera. Henry pasó la vista por todos los presentes como intentando sonsacarles sus ideas. Después se sentó en un sillón, sacó la pitillera, encendió un cigarrillo y encarándose con Helen preguntó:

—¿Dónde está?

—¿Quién, señor?

—¡Silvyva!

—Hace unos momentos salió. Estaba muy apenada. Creo se habrá ido al dormitorio. ¡Pobrecilla, está deshecha!

—Tiene motivos para estarlo.

Helen miró al capitán con cierta expresión de angustia. Luego miró a los dos pilotos como preguntando qué se proponía el capitán. Éste levantándose dijo:

—Que venga a verme a mi despacho ahora mismo.

—Sí, señor, iré a buscarla.

—Bien, ustedes dos —dijo volviéndose a los pilotos— pueden retirarse. Necesitan estar frescos para mañana. ¡Quizás volvamos a tener que enfrentarnos con los alemanes!

—Bien, señor.

—¿Y si estuviese acostada? —preguntó tímidamente Helen.

—Pues que se levante.

Cuando Helen se disponía a salir, Roberts dijo:

—Espere, es mejor que en vez de ir a mi despacho venga aquí mismo.

—Bien.

—Vaya a buscarla.

Con paso decidido alejóse Helen en busca de su compañera.

Roberts paseaba nerviosamente de un lado a otro de la estancia, esperando la llegada de Silvyva. Después de breves minutos apareció ésta acompañada de Helen.

—Buenas noches —saludó Silvyva sin obtener respuesta.

Volviéndose hacia Helen, el capitán dijo:

—Usted puede retirarse.

—Bien, señor.

Una vez hubiéronse quedado solos, Henry miró fijamente a Silvy y con voz dura la dijo:

—Siéntese y escuche.

Silvy obedeció, sintiendo por primera vez en su vida miedo de un hombre.

—Hoy hemos perdido un piloto y al parecer usted tiene algo que ver con la muerte de Radd, Usted hizo un reto entre ellos, ¿no?

—¿A qué se refiere?

—De sobras lo sabe: daría un beso al que primero derribase un aparato enemigo. Jim se lanzó sobre el bombardero que derribó, sin preocuparse de nada Ni siquiera obedecía mis órdenes.

—Pero yo...

—¡Cállese! Usted con su desmesurada coquetería me está haciendo bailar de coronilla a los chicos, y se va a terminar, ¿comprende?

—Sí —contestó Silvy por decir algo.

—Estoy completamente seguro que lo que buscaba Jim con su acto de heroísmo era la recompensa ofrecida por usted; recompensa que no puede cobrar.

—Lo siento.

—Por de pronto, para que vaya escarmentando, durante un mes no tendrá ningún día libre, permanecerá en acto de servicio continuamente y pernoctará en el campo, sin ir para nada a su casa.

Silvy esperaba todo menos que la arrestasen. Quedose desconcertada sin saber qué contestar, ni qué replicar. Haciendo un esfuerzo para disimular su nerviosismo, se levantó y preguntó:

—¿Desea algo más?

—¡Sí, que deje tranquilos a los muchachos!

—Bien.

—Puede retirarse.

—Buenas noches, señor.

CAPÍTULO XI

AMIGOS

En realidad las palabras dichas por el capitán a Silvy habían sentado a ésta muy mal, por varios conceptos. En el fondo ella sentíase culpable de lo sucedido a Jim. Sin embargo, cierta voz interna acudía en su defensa, diciéndola que lo sucedido a Jim estaba completamente desligado de lo que ella había prometido. Por otro lado, el duro comportamiento del capitán Roberts la sacaba de quicio. El comprobar que sus artimañas femeninas eran insuficientes para jugar con aquel hombre la mordía en el corazón hiriendo su amor propio y su orgullo. La postura del capitán ante ella era desconcertante, pues nunca había encontrado tal resistencia en los hombres. Sentada en el sillón del despacho, escuchaba el tamborileo de la lluvia en el tejado de uralita. Las gotas de agua resbalaban sobre los cristales, desfigurando los objetos del exterior. Hacía varias horas que llovía, habiéndose desencadenado una inerte tormenta, por lo que se estaba a resguardo de todo ataque aéreo por parte de los alemanes. Silvy había intentado leer, dos o tres veces. Sin embargo no pudo hacerlo. Parecíale oír continuamente la voz del capitán reprochándola, así como la voz del malogrado Jim. Levantándose se dirigió a la ventana y a través de ella contempló el encharcado campo de aviación.

Cerca de media hora llevaría Silvy mirando el panorama de los inundados campos, cuando llamaron a la puerta.

—¡Pase! —dijo Silvy, volviéndose a mirar hacia la puerta.

—¿Cómo estás? —preguntó el último.

—Bien.

—Tienes mala cara, Silvy, ¿qué te pasa?

—He dormido mal. He pasado muchos nervios.

—Helen nos ha dicho que el capitán te ha arrestado, ¿es cierto?

—Sí.

—Lo sentimos, Silvy.

—Gracias. Si queréis un consejo no preocuparos por mí. No vale la pena.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues sencillamente, que si queréis evitaros y evitarme disgustos, no estéis por mí. Es mejor para vuestra tranquilidad, que os olvidéis un tanto de nuestra amistad.

Los dos tenientes se miraron atónitos como sorprendidos por las palabras de Silvy. Silving acercándose a ésta preguntó:

—¿Estás enamorada?

Silvy guardó silencio; luego dijo:

—¿Habría algo de malo en ello?

—No.

—Es que me ha parecido observar que en tu pregunta había cierto tono de reproche.

—Estás equivocada. Lo que pasa es que tú has cambiado últimamente y adivinamos en ti cosas que antes no había.

—Os las dais de muy listos, pero andaros con ojo pues podéis equivocaros.

—Sería posible. Sin embargo las cosas se ven.

—Bueno, bueno, ¿es que queréis tomarme el pelo?

Los oficiales permanecieron callados. Silvy los observó con centelleantes ojos. Garland, sentándose en el borde de la mesa, preguntó:

—¿No quieres sernos sincera?

—No tengo ningún motivo para serlo. Os ruego que me dejéis tranquila.

—Bien, como quieras.

Silving y Garland, levantándose, se dirigieron a la puerta sin hacer el menor comentario, saliendo de la estancia. Una vez en el pasillo. Silving preguntó a su compañero.

—¿Qué te parece?

—Pues en mi opinión, está loca por el capitán.

—Y en la mía también, pero ¿qué tiene el capitán para que Silvy esté tan colada por él?

—Te diré: lo único que tiene es que no ha demostrado el menor

interés por ella.

—¿Tú crees que es ése el motivo?

—Sí, las mujeres cuanto más desprecio reciben, más se pirran.

Silving quedose pensativo y luego, después de permanecer callado unos instantes, dijo:

—No sé, no sé, pero tu teoría no me acaba de gustar.

—Es que no estás preparado para asimilarla, pero el caso es que el capitán ha hecho que Silvyia pierda la cabeza, ¿comprendes?

—Desde luego, pero ahora falta saber si el capitán siente algo por Silvyia. Es un punto que debíamos aclarar.

—Sí, ¿pero cómo? Además creo que al capitán no le importa nada. No hay más que observarle para darse cuenta de ello.

—Yo no me fiaría tanto.

—Pues yo sí.

—Puede disimularlo y en el fondo estar enamorado de Silvyia. No sería nada extraño.

—Pudiera ser, pero no.

La lluvia seguía cayendo con incesante monotonía, envolviendo el ambiente en un tristón matiz gris. El Mayor Smith, sentado junto a la pequeña chimenea de ladrillo rojo, fumaba tranquilamente una enorme pipa de madera de cerezo. Con los ojos semientornados observaba el rostro joven y enérgico del capitán Roberts. Estudiaba el carácter de su subordinado y llegó a la conclusión de que era un hombre extraordinario. Sin embargo le asaltó la duda de que lo sabía y que por ello adoptaba generalmente aquella postura de superioridad. Repentinamente el Mayor preguntó:

—¿Piensa levantar el arresto a *miss* Silvyia?

Henry miró con cierta sorpresa a su interlocutor y luego respondió:

—Si usted no ordena lo contrario le diré que no.

—En absoluto, no tengo ningún derecho a levantar un arresto puesto por usted, capitán. Solamente lo preguntaba por curiosidad.

—En mi opinión, señor, haría mal en levantárselo. Lo dicho, dicho está y debe cumplirse.

—Desde luego. Verá, le hablaré con franqueza. El padre de Silvyia es amigo mío y esta mañana me ha telefoneado, preguntándome por su hija.

—¿Estaba intranquilo?

—Algo así. Socialmente su hija es muy conocida. El padre tiene grandes plantaciones al sur de la isla y querían dar una fiesta a fin de semana, pero, claro, estando su hija arrestada...

—Comprendo, señor. Si usted tiene interés, levantaré el arresto.

—Ninguno, capitán.

—Entonces dejemos las cosas como están.

—Por descontado.

—En mi opinión, cuando se arresta, aunque luego a uno le sepa mal lo hecho, no se deben levantar los castigos, pues con ello en vez de ganar lo único que se saca es que te pierdan respeto.

—Tiene usted razón, capitán.

La tormenta subió tanto de intensidad que las chispas eléctricas saltaban por doquier. Una de ellas cayó sobre un poste de conducción eléctrica dejando a las dependencias del campo en absoluta oscuridad, por corte de los cables eléctricos. Al caer la noche, el vendaval fue amainando y, poco a poco, la tranquilidad fue ganando terreno. Sobre las doce de la misma habían dejado de sonar los bramidos del trueno, pero aún llovía, aunque con menos intensidad, disminuyendo poco a poco la copiosidad de la misma.

CAPÍTULO XII

UN GESTO NOBLE

Sobre las cinco y media de la mañana, quedando aún algunas nubes aisladas en el cielo, sonaron las sirenas de alarma, avisando la proximidad de la aviación germana. En breves segundos reinó una actividad enorme en el campo. Cuando con los equipos completos los pilotos se dirigieron a sus aparatos, éstos ya estaban fuera de sus hangares y con los motores puestos en marcha. El capitán Roberts llegó junto a sus dos únicos pilotos y después de darles la ruta subió a su aparato, dando la orden de despegue.

Con la muerte de Jim, el trío «Fe, Esperanza y Caridad» había quedado deshecho. Sin embargo, el capitán Henry Roberts bautizó su aparato con el nombre del derribado y así, cuando nuevamente levantaron el vuelo en busca del enemigo que se aproximaba, los tres nombres volvieron a estar juntos.

El despegue de Silving fue un tanto defectuoso, pero en realidad la culpa no fue de él. El encharcado terreno hizo que el aparato se deslizase de lado, levantando peligrosamente la cola el avión. Con gran serenidad, Silving dominó el aparato que llevaba el motor sobre el número de revoluciones necesarias para despegar. Debido a este exceso, el aparato no capotó. Levantóse sobre el ala derecha, despegó una rueda y después botó sobre la otra y levantó el vuelo.

Los tres aparatos volaban en perfecta formación lineal. El vuelo se realizaba a pleno gas, forzando todo lo posible la marcha de los motores para conseguir con ello que el encuentro con la aviación alemana lo realizase lo más lejos posible de la isla.

El sol aparecía como un disco rojo de grandes dimensiones en el limpio horizonte, levantándose aparentemente a pocos metros sobre la línea del horizonte. Hacía frío, volando a aquella hora y a una

altura de dos mil quinientos metros. Sin encontrar rastro de los alemanes, los aparatos comenzaron a evolucionar dentro del área señalada, buscando al enemigo. Por orden del capitán, la escuadrilla se dividió en dos grupos y cada uno de los cuales debía vigilar un área determinada manteniendo continuamente contacto con el avión del capitán.

Notificaron de la base a la escuadrilla de «Gladiators» que los aparatos alemanes habían cambiado de rumbo y que por ese motivo no los encontraban. La aviación germana se dirigía hacia el puerto donde estaba anclado el «Illustrious», con intención de hundirlo. Recibido este aviso los aparatos cambiaron de rumbo dirigiéndose hacia la nueva posición de los aviones enemigos.

Un cuarto de hora después del cambio de ruta, pudieron divisar los aparatos germanos, que en formación «v» se dirigían al muelle militar. Rápidamente los «Gladiators» ganaron altura, colocándose sobre las colas de los aparatos enemigos, aproximándose a ellos lentamente. Los bombarderos germanos comenzaron a perder altura con el fin de poder afinar los impactos de sus bombas. Fue entonces cuando los cazas que defendían la isla se dejaron caer sobre el enemigo. Las ametralladoras de los aparatos tabletearon, las ráfagas cosían el aire y el estrépito era ensordecedor. Los cazas que escoltaban a los bombarderos reaccionaron, lanzándose al ataque de los tres aparatos enemigos. La lucha, por descontado, era desigual. Sin embargo, el arrojo de los tres pilotos ingleses se puso de manifiesto. Muy hábiles en el vuelo acrobático los «Gladiators» resultaban difíciles de acertar, por lo que desconcertaban a los pilotos alemanes. A medida que el combate se intensificaba se iban acercando al objetivo propuesto por los alemanes, viéndose por el momento en la imposibilidad de atacar directamente a los bombarderos debido a la oposición de los caza germanos. Siendo como era de primordial interés detener a los bombarderos, el capitán Roberts dio la orden de lanzarse sobre los bombarderos abandonando los cazas.

Silving sintió una angustiosa sensación cuando abandonando a los cazas se lanzó sobre los aparatos de mayor envergadura intentando hacer blanco en ellos. Las posibilidades de acercarse a los bombarderos eran limitadas, pues éstos estaban bien artillados y además defendidos por los «He 70», de rapidísima movilidad. Sin

embargo. Silving, tras esquivar algunos cazas alemanes, puso delante de sus miras a un

«Ju-86».

Con bárbaro placer, apretó los gatillos de sus ametralladoras de doble tiro. Los proyectiles se dirigieron al aparato. Después de atravesar el fuselaje casi de un extremo a otro, dirigieron al motor de la derecha. Las balas trazadoras indicaban la marcha de la ráfaga. El aparato alemán se estremeció. Cuando las halas de Silving dieron en el motor comenzó a salir una débil estela de humo, que fue aumentando de volumen. El aparato inclinóse sobre el lado herido y comenzó a escribir un amplio círculo descendente. Silving gritó:

—¡Tocado!

Y así era. El «Junkel», herido mortalmente, con el motor envuelto en llamas se dirigía hacia la superficie del mar, donde debía hundirse bajo las aguas para siempre.

El capitán Henry Roberts había visto desde su aparato la caza realizada por Silving. Contemplando estaba el aparato alemán que se precipitaba en el abismo, cuando dióse cuenta de que dos «He 70» se lanzaban contra el avión de Silving por la cola. Comprendiendo que éste estaba desprevenido y que no podría defenderse eficazmente contra los cazas enemigos, lanzóse contra los alemanes. Las posibilidades de salvar a Silving eran limitadas sin propio riesgo de la vida. El aparato pilotado por el capitán picó de frente sobre los aviones alemanes interponiéndose en la línea de fuego de las ametralladoras.

Cuando Silving se dio cuenta del peligro, en realidad éste ya había pasado. Por debajo de él caía en barrena un «He 70» y el aparato del capitán Roberts encabritaba el morro para recuperar el vuelo. El otro «He 80» tuvo que virar rápidamente sobre el ala izquierda para no chocar contra el aparato de Roberts.

Pese a los esfuerzos realizados por los tres aviadores no pudo evitarse que los bombarderos alemanes dejaran de bombardear los muelles, pero sí se logró que los efectos de éstos fueran menos dañinos.

Cuando después de concluir la intervención germana los «Gladiator» regresaron a la base, Silving, acercándose al capitán Roberts dijo:

—Gracias, señor, le debo la vida.

—No debe dármelas. Silving. Quizá mañana o dentro de unas horas me la tenga que salvar usted.

—Gustoso lo haría, señor.

—Lo sé.

Mientras Roberts caminaba en dirección a las dependencias del campo, Silving se mantenía a su lado caminando en silencio. Después, súbitamente, preguntó:

—Al interponerse usted en la línea de tiro, ¿tocaron su aparato, señor?

—No —respondió secamente el capitán.

—Es un milagro.

—Lo es. Yo mismo no me lo explico, pues pude observar que las balas trazadoras venían rectas hacia mí. Sin embargo, no me dieron.

Después de despojarse de sus equipos de vuelo, Garland y Silving se encontraron en lo que hacía las veces de sala de estar, donde pudieron ver a Silvy.

—¿Os fue bien? —preguntó ésta al verles entrar.

—Sí, pero yo he estado a punto de no volver.

—Pero volviste.

—Gracias al capitán.

—¿Y pues? —preguntó con cierta ansiedad Silvy.

En pocas palabras Silving explicó lo sucedido, aumentando y corrigiendo ciertas partes.

—... Pues como te digo, me ha salvado.

—Es un valiente.

—Sí, lo es, me va siendo menos antipático. Incluso creo que llegaríamos a ser buenos amigos —contestó Silving.

CAPÍTULO XIII

UNA SORPRESA

Las reparaciones del «Illustrious» se efectuaron lo más rápidamente posible, pero se tardó una veintena de días en repararle, no en su totalidad, pues se carecían de piezas, sino en lo posible para que pudiera continuar navegando. Siendo como era una buena pieza para los aparatos germanos y no pudiendo desarrollar toda su velocidad debido a sus pobremente reparadas averías, el «Illustrious» decidió abandonar Malta durante la noche para no ser visible a los aviones enemigos. Eran bastantes las posibilidades que tenía el barco de salir airoso de su fuga nocturna; sin embargo, por miedo a los espías del Eje, se mantuvo en el más absoluto secreto los detalles de la marcha.

Los negros nubarrones cubrían el cielo en su totalidad en cuanto a lo que alcanzaba la vista, por lo que la oscuridad reinante era absoluta. Sin embargo, la presencia de la aviación germana se dejó sentir. Sobre las dos de la mañana roncaban en el cielo los motores de los «Junkel». Se dio la alarma en las zonas de posible bombardeo, cortáronse los alumbrados eléctricos, quedando la isla sumida en un letárgico silencio, sólo roto por el zumbido de los aparatos que volaban a gran altura y que poco a poco fue aumentando de intensidad, lo que demostraba que los aparatos perdían altura.

La defensa antiaérea permanecía muda y los focos de localización apagados esperaban la orden de lanzar a la negrura su desgarradora luz. Los alemanes iban perdiendo altura y pronto el tronar de las máquinas en vuelo se hizo intensísimo. Súbitamente los focos volcaron su luz en el cielo y sus dirigidos rayos surcaron la atmósfera de uno a otro lado. Como contestación inmediata a los

focos los alemanes comenzaron a bombardear dejando caer sobre el terreno gran número de explosivos.

En el campo de aviación, tanto el personal de tierra como el de vuelo, permanecía inmóvil en el refugio. Dadas las características del ataque enemigo, la casi absoluta falta de luz, el Mayor Smith no permitió la salida de sus hombres, considerándolo ineficaz y excesivamente arriesgado. Por lo que se encargó de la defensa a las diversas baterías de antiaéreos.

El fuego de las modernas piezas era rapidísimo y muy nutrido, por lo que los aparatos germanos no podían descender lo suficiente para que sus bombas diesen en el blanco, más reinando aquella ausencia de luz. Sin embargo, aun efectuándose el bombardeo en pésimas condiciones para los alemanes, éstos como conocían exactamente la posición de los objetivos militares, dejaron caer sus bombas con asombrosa precisión. Una bomba lanzada a poca altura, dio de pleno en un grupo de camiones cuba que estaban apostados en los muelles militares. Las llamas ascendieron serpenteantes iluminando los objetos con rojiza luz. Los servicios de extinción pusieron rápidamente en movimiento, pero la cantidad de gasolina que ardía era tan enorme que los medios de extinción eran pobres. El incendio de aquellos coches cubas, si bien facilitó posteriormente el bombardeo a los alemanes, también vino a favorecer a la defensa antiaérea. Los vientres de los aparatos germanos aparecían brillantes y rojizos bajo los efectos del incendio, ofreciendo un gran blanco, por lo que se vieron obligados a ganar altura para salirse del área de alcance.

Durante el bombardeo, los tres barcos de guerra ingleses que había anclados en el puerto hicieron también tronar sus torres antiaéreas, así como sus equipos de ametralladoras de cuádruple tiro. Dos de los «Junkers» que habían intervenido en el bombardeo fueron alcanzados por el fuego de tierra. Uno de ellos estalló en el aire cayendo sus restos al suelo envueltos en llamas. Un segundo aparato, en una pasada, fue alcanzado por el fuego de las ametralladoras. El aparato remontó el vuelo con un motor averiado, intentando iniciar una vuelta «inalman»[6], pero la pérdida de velocidad le llevó al desplome; cayendo sobre su ala derecha inició un rapidísimo picado. Instantes después, con gran estrépito, el avión se hacía pedazos al chocar con el suelo.

El bombardeo fue perdiendo intensidad mientras, por el contrario, las defensas no dejaban de disparar. Minutos después del derribo del segundo «Junkel» la escuadrilla alemana inició el vuelo a la base. Ganando altura, los aparatos se perdieron en el infinito. La defensa calló sus armas y nuevamente reinó la normalidad dentro de aquel caso de guerra.

El «Illustrious», después del bombardeo, comprendiendo sus mandos que era aquél el momento más oportuno para escapar, dio fuerza a sus turbinas y con lenta marcha desatraco. El majestuoso barco fue alejándose de donde había sido reparado momentáneamente para dirigirse a Alejandría. Cuando amaneció, el barco ya había desaparecido para el enemigo.

Después del intenso bombardeo, Roberts se dirigió con el Mayor al despacho de éste. Mientras cubrían la distancia que existía desde el refugio al despacho, ambos permanecieron callados. Una vez en éste, el Mayor, dirigiéndose al capitán, dijo:

—En su interior debe usted reprocharme el que no le haya dado la autorización para volar esta noche y presentar combate a los aparatos enemigos.

Henry sonrió visiblemente sin ganas, y contestó:

—Se equivoca, Mayor; no me permito el lujo de reprochar las órdenes de mis superiores.

El Mayor encendió un cigarrillo y sentándose en un cómodo sillón dijo:

—Siéntese, capitán, y ahora respóndame francamente a una pregunta: ¿Qué hubiera hecho usted esta noche en mi lugar?

—Seguramente lo mismo que usted, Mayor. Visto desde un punto de vista frío y matemático, comprendo que el volar esta noche hubiera sido una verdadera locura.

—Me alegro de que razone así.

—Sin embargo, si yo hubiese dejado libres mis instintos, hubiera salido al encuentro de los alemanes.

—Lo sé, y si yo me hubiese dejado llevar de mis instintos también, hubiera salido a combatirlos.

—Y hubiera sido una locura.

—¿Lo reconoce, capitán?

—Sí.

Mientras conversaban, entró en la habitación un soldado y

tendió un papel al Mayor, retirándose después de saludar. Después de pasar la vista sobre lo escrito, levantó los ojos del papel y dirigiéndose al capitán dijo:

—El «Illustrious» acaba de abandonar el puerto. En estos momentos navega con rumbo a Alejandría, alejándose de los posibles ataques de los alemanes.

—¡Magnífico!

—Lo es. Era un atractivo grande para los pilotos alemanes y quizá ahora nos dejen más tranquilos.

—No lo creo.

—Y sinceramente le diré que yo tampoco.

—¿Habrá causado mucho daño este bombardeo?

—Dentro de unos minutos seguramente recibiré el informe. Podremos entonces comentar.

Cuando llegó el parte oficial que ponía de manifiesto los desastres hechos por el bombardeo, pudieron darse cuenta que en realidad éstos no habían sido de consideración, pues lo único que podía considerarse de envergadura era la pérdida de los dos camiones cubas, repletos de combustible.

—No es mucho.

—Sí, capitán, no es mucho, pero vendrán otros bombardeos, los efectuarán en mejores condiciones atmosféricas y entonces...

—Entonces podremos salir nosotros.

—Sí, lo sé; pero dígame, Roberts, ¿qué podrán hacer ustedes tres contra veinte o treinta aparatos enemigos?

—Estorbarles al menos.

—Ya es algo.

—En nuestra situación es mucho.

CAPÍTULO XIV

UN GESTO DESCONOCIDO

Eran las cinco de la mañana y el frío en el exterior intensísimo. El termómetro a los cuatro mil quinientos metros de altura señalaba veinticinco grados centígrados bajo cero. El capitán Roberts observaba el tablero de indicadores. El cuentarrevoluciones se había encallado y no podía efectuar de un modo matemático las observaciones que deseaba hacer. El «Gladiator», volaba serenamente en la diáfana atmósfera de aquella madrugada, el ronquido del aparato era igual y sin cambios aparentes de sonoridad. El fino instinto de equilibrio del capitán Roberts mantenía al aparato en un vuelo perfecto y compensado. El avión no se bamboleaba lo más mínimo, sin cabecear nada en absoluto. Los timones de profundidad obedecían con precisión al poste de mando. Por debajo del aparato se extendía un mar de nubes que daba la impresión de ser cosa sólida e infranqueable. Como una gran muralla de arrugada superficie, se extendían los grises vapores hasta el horizonte. El espectáculo era francamente sobrecogedor. A la salida del sol las altas nubes tiñéronse de rojo purpúreo, de gran luminosidad. El silencio de los espacios era bruscamente roto por el espantoso silbido de la hélice y el roncar del motor. El aparato inclinóse sobre su ala derecha e inició una perfecta curva ascendente. Luego colocóse en vuelo horizontal en sentido contrario al que hasta entonces había estado volando. El avión parecía estar inmóvil a aquella altura. Al no haber puntos de referencia, parecía que el aparato no avanzaba lo más mínimo, cuando en realidad volaba a unos doscientos treinta kilómetros por hora. Roberts realizaba un vuelo a ciegas[7] y con los cascos del auricular bien ajustados buscaba la señal del radiofaro[8]) que de vez en cuando

parecía perderse y escapar.

Tres horas de vuelo sobre los tres mil quinientos metros de altura llevaba el capitán Roberts cuando decidió regresar a la base, satisfecho de su vuelo. Comprobó su cinturón de seguridad, ajustó la mascarilla de presión, cerró la carlinga y con frialdad matemática, empujó el poste de mando hacia adelante. El aparato inclinó el morro e inició un rápido descenso. Henry no quitó, gas por lo que el picado se realizaba a gran velocidad. El aparato entero vibraba de un extremo a otro y el picado cada vez era más vertical.

Atravesó la cortina de nubes en un santiamén y entonces apareció ante él allí, en el fondo, la vista amplia e inmensa de los campos de cultivo, la costa y las zonas militares. El altímetro descendía velozmente. Henry quitó gas y lentamente fue tirando del poste de mando hasta que el avión fue recuperando la posición horizontal. En vuelo horizontal y a corto gas, Roberts volaba sobre el campo de aterrizaje pasando y repasando sobre las dependencias del mismo. Después de dar cuatro o cinco vueltas sobre el campo, fijó su vista en la manga[9] y colocó al aparato en dirección de toma. Perdió altura y el avión fue bajando de cola en un vuelo de dos metros sobre el campo, dejó el motor en ralentí y tiró del poste. El aparato hizo una perfecta toma de tres puntos, con calma rodó sobre el campo dirigiéndose hacia los hangares que estaban a unos doscientos metros de distancia de donde había hecho el aterrizaje. De vez en cuando un golpe de gas hacía que el aparato ganase velocidad en su rodaje sobre el campo.

Cuando Henry llegó con su aparato a los hangares eran las siete y cuarto de la mañana. Cuando descendió del aparato oyó a sus espaldas una voz femenina que le preguntaba:

—¿Cómo se encuentra, señor?

Henry se volvió y encontróse con Silvy.

—Bien, señorita; gracias.

Silvy llevaba en sus manos una bandeja metálica en la cual había una gran taza de té con leche bien caliente. Tendiendo la taza hacia el capitán dijo:

—Tenga, bébase este té. Está caliente y le sentará bien.

Henry no se hizo rogar. Con la mano todavía enguantada cogió la taza y se la llevó a los labios. Silvy le observaba. De pie junto al aparato el capitán apuró hasta la última gota del reconfortante té.

Una vez se lo hubo bebido devolvió la taza y dijo:

—Gracias. Estaba exquisito.

—De nada, señor —contestó Silvy a con alegría.

Dando media vuelta, Henry se alejó, dejando a Silvy a junto al aparato con la bandeja entre las manos. Silvy a creyó morir. Lo estoico y, quizá en su opinión, grosero del capitán la desesperaba. Realmente no esperaba que Roberts se deshiciera en alabanzas y elogios por el detalle del té, pero tampoco esperaba aquella frialdad. Sin saber qué decirse a sí misma, Silvy a volvió al bar.

Garland, dando una palmada en la espalda de Silving preguntó:

—¿Que te demuestra lo que acabamos de ver?

—Desde luego es extraordinario. Nunca creí que Silvy a pudiera ser tan atenta con los hombres. ¿Cuándo nos ha traído a nosotros una rica taza de té después de un vuelo?

—Nunca, amigo, ni nos la traerá. A él se la lleva porque bebe los vientos por él.

—Ni que lo digas, chico. Bien que lo demuestra. ¿Pero y él?

—¡Ése es el fantasma! De él no sabemos nada, sin embargo ya sabes qué yo creo...

Ambos amigos salieron de la habitación que estaba designada como dormitorio para los pilotos y se dirigieron al bar. Al entrar se encontraron con Silvy a, que estaba sentada con la cara apoyada en la palma de la mano derecha. Con cierta sorna, Silving preguntó a Silvy a:

—¿Qué te sucede, bella dama?

—Nada que pueda interesarte.

—Bonita contestación.

—La que te mereces.

—¡Caramba, estás que muerdes! Dinos, mujer, qué te sucede.

Silvy a, despojándose de su aire de enfado, preguntó:

—¿Sabéis si vuestro querido capitán ha ido al colegio?

—Pues suponemos que sí.

—Pues francamente no se le nota. Es grosero.

—¿Por? —preguntó Garland, dando un golpe con el codo a Silving.

—He cruzado algunas palabras con él y francamente me parece que la educación brilla por su ausencia en él.

—Quizá seas un poco exagerada, Silvy a.

—No lo creáis.

—El que le hayas llevado una taza de té no quiere decir que...

—¿Ya lo sabéis?

—Sí, mujer; estábamos mirando por nuestra ventana y vimos lo servicial que te has vuelto.

—¡No me hagáis enfadar!

—Nada de eso. Solamente queremos consolarte de tus desvelos amorosos, ¿comprendes?

—Y yo lo agradezco, pero os ruego que hagáis el favor de no meteros en mis asuntos particulares.

—También son nuestros —corrigió Garland.

—¡Estás loco! No sé qué tienen de vuestros.

—Pues el capitán es nuestro competidor y la lucha se impone.

Después de conversar largo rato, Silvy se levantó y dirigiéndose hacia la salida se dispuso a marchar, una vez estuvo en la puerta se volvió y dijo:

—Os agradezco vuestro interés.

CAPÍTULO XV

OTRO ENCUENTRO

—¿Qué hora es? —preguntó el Mayor a Silvya.

—Las cinco, señor.

—Bueno, me parece que por hoy ya podemos dejar de escribir y escribir informes, cartas, partes...

—Por mí, encantada.

—Pues dejémoslo.

—Sí, señor.

Después de recoger sus cosas, Silvya se marchó quedándose el Mayor solo. Se dirigió hacia un maltrecho armarito y después de abrirlo sacó de su interior una botella de coñac, sirvióse una copa y dirigiéndose a la ventana que daba a los campos de aterrizaje miró a través de ella. Allí veía a los tres aparatos que en otro tiempo eran manifestación de fuerza y modernismo, mas ahora caducos e inspirando cierta lástima.

Aquella mañana Roberts, sin saber por qué, sintióse intranquilo. Deseaba algo que a la par no sabía lo que era. Por unos momentos estuvo tentado de dirigirse a su aparato y volar un rato, sin embargo, comprendiendo que tal no debía realizar, decidió ir a la cantina a tomar algo. Como de costumbre, en la cantina estaban Silving y Garland, los cuales al ver entrar al capitán se levantaron y saludaron al recién llegado.

—Sentaros —contestó Henry, a la par que con la mano hacía un gesto señalándoles sus respectivos asientos.

—Gracias.

Roberts, cogiendo un periódico inglés que había sobre una mesita, se sentó junto a sus dos pilotos. Tanto Garland como Silving se quedaron sorprendidos y sin saber qué hacer.

—¿Cómo van vuestros aparatos? ¿Habéis notado alguna anomalía? —preguntó el capitán.

—Francamente, mi capitán, yo no —contestó Silving.

—¿Y usted?

—Pues yo he podido observar que en las curvas pierdo mucha velocidad, más de lo normal. El anemómetro me baja mucho.

—Pues hay que vigilarlo.

—Desde luego, pues corro el peligro de entrar en pérdida cuando coja una curva muy cerrada.

—¿Tanta velocidad pierde?

—Sí, mucha. Últimamente, en una inalmán, llegué al índice de seguridad.

—Caramba, pues no puede volar en esas condiciones. ¿Ha advertido a los mecánicos?

—Sí, señor.

—Bien.

Después de un rato de conversación, Henry se puso a leer el periódico sin volver a hacer caso a los dos tenientes. Los pilotos permanecieron callados, sin atreverse a hablar. Después de un buen rato. Garland se levantó y, dirigiéndose hacia el exterior, hizo una seña a Silving para que le siguiera. Silving, levantándose y saludando al capitán, dijo:

—Con su permiso.

—Sí, hombre —contestó Henry sonriendo al piloto, el cual se alejó con estudiada marcialidad.

—¿Has visto? ¿Qué le pasará al capitán? Está desconocido.

—El amor —contestó sonriendo Silving.

—No digas majaderías.

—Puede que no sean majaderías, amigo. La vida tiene cosas muy raras, y donde menos se lo piensas salta la liebre.

—¡Y tú, la cazas!

—Pudiera ser.

Sobre media tarde, a eso de las cinco y media de la misma, los puestos de observación localizaron el lejano runruneo de motores de aviación. Inmediatamente se dio la alarma. Al aparecer los alemanes, se disponían a bombardear nuevamente la isla.

Comenzó a soplar frenéticamente el aire, por lo que resultaba bastante difícil mantener el aparato dentro de las normas de vuelo

en formación. El aire huracanado cogía de lado a los aviones, levantándolos peligrosamente sobre el lado contrario, viéndose los pilotos a una continua compensación. Fue entonces cuando, en realidad, Henry Roberts se dio cuenta de que disponía de buenos pilotos, pues tanto Silving como Garland dominaban perfectamente sus respectivos aparatos. Sobre mil quinientos metros de altura volaban, cuando pudieron distinguir a lo lejos la presencia de los aviones enemigos. Mentalmente, los pilotos repasaron los detalles del aparato que pilotaban, comprobando la buena provisión de todo lo imprescindible.

Los «Heinkels Relámpago», de la aviación alemana, doblaban prácticamente la velocidad de los «Gladiator», por ello, y sabiendo esta deficiencia en sus aparatos en comparación con los enemigos, sabía que la única manera de obtener relativo beneficio de los «Gladiators» era lanzándose por sorpresa sobre sus enemigos. Henry, en onda convenida, dio órdenes a sus hombres.

—¡Observen nubes sobre nordeste. Ocultémonos en ellas para lanzarnos sobre los aparatos enemigos por sorpresa!

Casi a la par, los tres «Gladiators» iniciaron un vuelo ascendente, dirigiéndose hacia las mencionadas nubes donde debían ocultarse. En breves instantes, los aparatos quedaron ocultos por los nubarrones, y entonces, por orden del capitán Roberts, permanecieron dentro de las mismas, manteniéndose en vuelo circular. Roberts contaba en su reloj los segundos, esperando el momento en que los aparatos alemanes volasen bajo ellos para lanzarse en feroz acometida.

Silvia paseaba nerviosamente de un lado a otro sintiéndose observada por su amiga Helen.

—¿Estás preocupada?

—Tú misma.

—No temas, Silvia. Volverán los tres tan sanos y salvos como se fueron, te lo aseguro.

—No puedes asegurar nada. En guerra nada es seguro. Todo se mece en incertidumbres y en vanas esperanzas.

—Tienes algo de razón. Sin embargo, hay cosas que son sólidas y que no están azotadas por los vientos de la incertidumbre.

—Sí, lo único que hay seguro es que los hombres se matan unos a otros con aborrecibles instintos.

—No son aborrecibles, Silvy. Si se matan es por defender unos ideales y unos principios.

—¿Y crees que vale la pena?

Helen permaneció callada por unos momentos y después, mirando con cierta sonrisa en su rostro a Silvy, dijo:

—Francamente, Silvy, es ahora cuando me doy cuenta de que estás enamorada.

—¿Por...?

—Por el hecho de que demuestras egoísmo, y cuando una quiere a un hombre se vuelve excesivamente egoísta y llega incluso a perder el sentido del patriotismo.

—¿Y tú crees que yo lo he perdido?

—Pues en parte, sí.

—De lo que deduces que estoy enamorada, ¿no es eso?

—Sí.

—Eres libre de pensar y deducir todo cuanto quieras, pero ello no quita que estés equivocada.

—No nos hemos de engañar, Silvy. Seme franca.

—Ya te lo soy; no te niego que sienta cierta simpatía por él, pero de eso a lo otro hay mucha diferencia.

CAPÍTULO XVI

UN DETALLE

El capitán Henry Roberts había conseguido lo propuesto ocultándose entre las nubes. Cuando lo creyó oportuno salió de las mismas acompañado de sus dos pilotos, lanzándose a la caza de los aviones alemanes que en aquellos momentos volaban por debajo de ellos. Los tres «Gladiators», en vuelo picado, se dirigieron hacia sus víctimas. La formación de aparatos alemanes se deshizo en cuanto observaron la presencia de los aparatos enemigos. Las primeras descargas de las ametralladoras de los «Gladiators» no tuvieron eficacia alguna, pues los aparatos alemanes pudieron escapar con gran habilidad del círculo de fuego. En el cielo confundíanse los aviones de ambos bandos en terrible revoltijo. Después del primer picado sobre los aparatos germanos, Roberts y sus dos pilotos remontaron el vuelo en círculo, por detrás de los alemanes, pero antes de que se pudieran colocar en posición de tiro eran ya seguidos por los «He 70». Los bombarderos continuaron su marcha defendidos por los aparatos de caza compatriotas, los cuales se enfrentaban con los aparatos «Fe», «Esperanza» y «Caridad» de las defensas aéreas de Malta. Los tres únicos aparatos no dejaban de disparar sus ametralladoras sobre los «He 70» enemigos, los cuales, a su vez, disparaban también sobre ellos.

La lucha era por demás desigual, teniendo las de perder los tres «Gladiators». Sin embargo, las hábiles y expertas manos de los pilotos hacían que estos tres aparatos se multiplicarían en valor bélico. Garland, después de una difícil maniobra en la que estuvo a punto de entrar en desplome[10], ametralló la cola de un bombardero, averiando los timones de la misma. Conseguido esto, se elevó sobre el aparato enemigo y dando un viraje muy cerrado

sobre el extremo del ala izquierda acometió sobre un «He 70» que había acudido en defensa del bombardero. El aparato germano hizo cantar sus ametralladoras dirigiendo sus proyectiles sobre el «Gladiator». Garland intentó por todos los medios salirse de las ráfagas, para lo cual picó desesperadamente, no pudiendo evitar por ello que una ráfaga atravesara la parte trasera del fuselaje. Luego que comprendió que el «He 70» había quedado muy por encima de él, inició una abierta ascensión localizando al aparato que anteriormente le había ametrallado. En breves momentos estuvo situado en la cola del aparato alemán que en aquellos momentos se acercaba al avión pilotado por Silving. Garland sudaba copiosamente mientras se iba acercando al caza alemán, deseando apretar los gatillos de sus ametralladoras. Sin embargo, comprendiendo que la distancia aun no era adecuada para hacer fuego, esperaba el momento oportuno. Por fin, después de la angustiada persecución llegó el momento deseado y ladeando algo el aparato, para poder resbalar mejor sobre el ala en caso necesario comenzó un nutrido fuego. En un principio, los proyectiles parecían no causar el menor efecto sobre el aparato enemigo, pero segundos después el «He 70» comenzó a perder altura mientras de su vientre escapaba una débil estela de humo. Segundos después el aparato se hundía en el mar. Después de haber derribado aquel aparato enemigo, Garland se colocó al lado de Silving haciendo desde su carlinga un gesto a su compañero. Repentinamente Garland sintió que su aparato se estremecía, comprendiendo lo que sucedía. Pisando timón a fondo, e inclinando el poste de mando a la derecha cuanto pudo, se dejó caer sobre el mismo lado. Hecha la maniobra vio pasar junto a él a un vertiginoso «He 70». Por unos instantes Garland creyó que estaba seriamente tocado, más luego dióse cuenta de que no era así. La ráfaga enemiga solamente había averiado un timón de alabeo, pero el aparato no presentaba peligro de perder vuelo.

Aun cuando se hizo lo posible y lo imposible, no se consiguió impedir que los bombarderos alemanes dejaran caer sus mortíferas cargas sobre la isla. Sin embargo, fueron derribados dos de ellos y otros tantos «He 70», lo que en realidad representaba una gran victoria para los tres «Gladiators». Enfurecido Garland por no poder en realidad detener el avance de los bombarderos, se lanzó sobre

uno de ellos sin reparar en nada, acercóse a él y abrió fuego, pero a los breves segundos sus ametralladoras dejaron de disparar. Sin comprender lo que sucedía, Garland apretó una y otra vez los gatillos, pero sus armas no funcionaron. Entonces comprendió que se había quedado sin municiones. Dándose cuenta del peligro que corría decidió retirarse. Cuando comenzaba a virar, vio pasar por su derecha a un «He 70» envuelto en llamas, seguido a corta distancia por el capitán Roberts.

Cuando los tres aparatos tomaron tierra, después de la dura lucha mantenida con los aparatos alemanes, los pilotos estaban en realidad agotados y en sus rostros se reflejaban las huellas del cansancio. Después de despojarse de sus equipos de vuelo, Garland y Silving decidieron ducharse y descansar un poco, pues en realidad no tenían ánimo para otra cosa. El vuelo había sido durísimo, teniendo en cuenta que habían luchado con un enemigo que les superaba en aviones y en número.

Garland se dirigía hacia su habitación cuando sintió que le llamaban. Volvióse y se encontró cara a cara con el capitán Roberts, el cual le decía:

—Desearía hablar con usted unos minutos, teniente.

—Usted dirá, señor.

—Venga, vamos a mi despacho.

—Bien, señor.

Garland echó a andar detrás de su capitán dirigiéndose al despacho del mismo. Cuando entraron en él, Roberts indicó a Garland una silla a la par que le decía:

—Siéntese.

—Gracias.

Roberts sacó la pitillera y ofreció un cigarrillo a Garland, encendiendo después uno él mismo. Aspiró el humo y permaneció por unos momentos en silencio, como si pensase algo y después dijo:

—Le he observado durante nuestro último vuelo y he podido darme cuenta que está dotado de valentía y que tiene buenas manos.

—Gracias, señor.

—No me las dé. Pero también he podido observar que tiene usted la manía, por decirlo así, de iniciar siempre vuelos muy

pronunciados, elevando mucho el buje, lo cual no le favorece en nada. Porque si bien en un principio logra esquivar al enemigo, la pérdida de velocidad que representa la maniobra puede resultarle mortal, ¿comprende?

—Sí, señor.

Roberts sacóse nuevamente la pitillera del bolsillo pero al hacerlo se le cayó al suelo la cartera. Garland levantándose de su asiento, la cogió, entregándosela al capitán. Éste miró a Garland, tomó su porta documentos y guardándoselo dijo:

—Gracias, teniente.

—De nada.

—Pues lo que le digo, le aconsejo que no sea tan aficionado a esos encabritamientos. Piense que nuestros aviones no tienen la movilidad de las aves.

—Por desgracia, señor.

—Desde luego. Por ello debe ser más prudente. Procure más bien esquivar al enemigo, picando o dejándose resbalar sobre un ala, como ha hecho últimamente.

—Lo tendré en cuenta.

—Bien, pues nada más. Puede retirarse.

—Gracias, señor.

Levantándose nuevamente, Garland se dirigió hacia la salida de la oficina. Una vez en ella se volvió y preguntó:

—¿Podríamos dormir un rato?

—Sí, pero no dejen muy lejos sus equipos de vuelo.

—Bien, señor.

CAPÍTULO XVII

OTRO DESENGAÑO

La radio sonaba incesantemente, y en la pequeña cantina del campo, se encontraban reunidos, todos los mandos del mismo. Desde hacía dos días los alemanes no habían aparecido por allí, lo que daba cierta tranquilidad a la isla, pues en realidad los ataques aéreos era lo único que debía temerse.

El Mayor Smith observaba a sus subordinados con cierta satisfacción pensando que siendo pocos como eran podían olvidarse algunos formulismos militares. La cerveza siempre había sido su bebida predilecta y por ello en aquella calurosa mañana, hacía buen acopio de ella; jarra tras jarra, iba bebiendo grandes cantidades.

—Siempre que tengo delante de mí una buena jarra de cerveza me siento feliz. Es mi bebida predilecta —comentó el Mayor dirigiéndose a Roberts.

—También es de mi agrado, pero no es lo que más me llama la atención. Hay otras bebidas a las cuales prefiero.

—Pues yo no, capitán; como la cerveza, nada.

—Sobre gustos no hay nada escrito.

—Desde luego.

El baile se inició por Silving; la música era apropiada para ello. Levantándose se dirigió a Silvyva solicitándola bailar. Ésta no se hizo rogar. Garland sintió también deseos de bailar.

—¿Quieres bailar conmigo, Helen?

—Pues... no sé.

—¿Lo dudas?

—No, hombre, son bromas. Vamos.

—Ya me habías asustado.

Tras una pieza vino otra y otra. El Mayor Smith contemplaba a los que bailaban con cierta nostalgia, mientras que con su mano izquierda llevaba el compás.

—Si yo fuera más joven... —dijo el Mayor mirando al capitán Roberts, éste se limitó a sonreír, como toda contestación.

Henry dejó de ojear la revista, y levantándose se dirigió hacia el mostrador, donde un soldado de servicios auxiliares servía las bebidas.

—Dame un Martini seco.

—Sí, señor.

Cuando después de servido Roberts se disponía a beber lo pedido, Silvy se le acercó y le dijo:

—¿Y usted, capitán, no baila?

—¿Yo?

—Sí, usted.

—Pues de vez en cuando.

—¿Pues querría usted bailar conmigo?

Roberts miró con cierto asombro a Silvy, dejó la copa sobre el mostrador y dijo:

—No tengo inconveniente.

—¿Entonces...?

Ante el asombro de los que allí estaban, Henry comenzó a bailar con Silvy, y a juzgar por lo que se veía, bailaba bastante bien. Durante los minutos que duró la pieza, Roberts dio a su rostro la inexpresividad de la piedra, sin decir ninguna palabra ni hacer el menor comentario. Terminada la pieza, Henry, con ligera inclinación de cabeza, saludó a Silvy y dijo:

—Muchas gracias.

Dando media vuelta se dirigió nuevamente a dónde estaba sentado y cogiendo otra revista púsose a leer. Lo que sintió Silvy en su interior es inexplicable. Sentía una mezcla de sentimientos que la llevaban al desespero. Su rostro volvióse lívido y sus manos quedaron de la frialdad del hielo.

Cuando quedaron solas Silvy y Helen, esta última acercándose a su amiga dijo:

—En verdad, Silvy, que es un grosero.

—Y, sin embargo, yo no se lo censuro.

—Eres desconcertante, Silvy. A veces creo conocerte y otras me

digo a mí misma que no sé nada de ti.

—Pues yo creo que en el fondo soy una mujer sensible. No creo que haya en mí nada desconcertante.

—Sí lo hay. A ti te pasa que en realidad no sabes lo que quieres.

—Sé sobradamente lo que quiero.

—No es cierto. Tú estás llena de dudas y de preguntas que ni tú misma sabes contestarte.

Silvya permaneció callada, como estudiando las palabras dichas por su amiga. En el fondo sabía que lo que decía Helen era cierto; por ello no se enfadaba.

—Yo quisiera ayudarte, Silvya, pero no sé cómo hacerlo.

—No te preocupes por mí. Te agradezco el interés que tienes por mis cosas.

—Creo que si tú estuvieras en mi lugar harías lo mismo que yo por ti. Creo que también intentarías echarme un cable, ¿no es cierto?

—Sí, lo es.

—Entonces no debe causarte extrañeza de que yo te haga preguntas y quiera darte consuelo.

Silvya y Helen hablaron durante largo rato, en voz baja, como si tuvieran miedo de ser oídas por alguien.

Cuando Silvya salió de la cantina para dirigirse a la oficina sus ojos estaban irritados como por el llanto. Con la cabeza baja se dirigió a las dependencias de la misma. La habitación estaba sumida en tinieblas cuando Silvya entró en ellas. Se dirigió hacia el interruptor y dio media vuelta a éste. Cuando la luz llenó la estancia dióse cuenta de que sentado en una butaca estaba el Mayor Smith. Silvya quedose desconcertada e intentó apartar la vista del Mayor, para que no le viera los irritados ojos.

—Buenas noches, Silvya.

—Buenas noches, señor.

—Silvya, sabes que tu padre y yo somos como hermanos, por ello creo que tengo derecho a velar por ti, o por tus intereses.

—Gracias.

—Yo sé por varios motivos que para ti el capitán Roberts representa algo más que un oficial de la R.A.F., y por ello quiero ayudarte; creo habrás podido observar que en realidad el capitán no es un hombre de temperamento moderno. En cuanto a la formación

moral, es por decirlo así una expresión del verdadero y noble carácter inglés.

—Lo sé.

—Pues bien, creo que debes actuar de otro modo para llegar hasta él.

—¿Cómo? —preguntó casi imperceptiblemente Silvy, sin mirar al Mayor.

—Pues utilizando armas más finas, en vez de utilizar una coquetería algo desenfundada, y no te molestes por lo que te digo, pero debes procurar que él no se dé cuenta de que tu... bueno, ya lo sabes.

—Sí, señor.

—Y otra cosa: cuando estemos solos quiero que me llames como hasta antes de incorporarte.

—Sí, tío.

—Eso ya me gusta más.

—Y a mí también.

—Pues anda, vete a dormir y planea un plan de ataque, para que le hieras a fondo sin que él mismo se dé cuenta.

—Será un poco difícil. No tiene ni un pelo de tonto.

—Pero ten en cuenta que al más listo se la dan.

Cuando Silvy salió del despacho del Mayor sintió renacer en su interior un deseo de lucha y mentalmente se repetía:

«Me saldré con la mía».

CAPÍTULO XVIII

ARRIESGANDO LA VIDA

Garland observaba los arreglos que habían realizado en su aparato, tapando las aberturas hechas en el mismo por las ráfagas de las ametralladoras germanas.

—¿Son buenos esos parches? —preguntaba bromeando Garland a los mecánicos.

—Sí, señor, insuperables.

—Han de estar a nuestra altura y categoría.

Paseándose de un lado a otro del hangar observaba el avión desde distintos puntos.

—Repasa el tren mecánico. En la última toma me pareció que la rueda de la derecha se atascaba. El aparato tenía cierta tendencia a hacer el caballito.

—Bien, ya la repasaré.

Silving, acercándose a su amigo por la espalda, le dio una palmada en ésta, a la par que preguntaba:

—¿Cuidando a tu hijo?

—¡Hola...! Pues, sí, cuidándolo, para que después, cuando estemos allí arriba, me cuide él a mí.

—Lo que soy es un tío prevenido. A mí el trastito éste no me la da con queso.

—Eres un egoísta.

—Bueno, acompáñame a tomar algo. ¿No te apetece beber algo bien fresco y reconfortante?

—Pues sí.

—Entonces vamos.

Caminando se dirigieron a la cantina. Poco antes de llegar a ella se encontraron con Silvya que salía de la misma.

—¡Hola, chicos!

—¡Hola! Tienes buena cara hoy —indicó Garland.

—Sí, ya me lo han dicho.

—¿Quién?

—Secretos... secretos —contestó sonriendo Silvy, mientras se alejaba.

Silving, cogiendo a su compañero por el brazo, le dijo:

—Cualquiera la entiende.

—Tienes razón, es capaz de desconcertar al más cuerdo.

Cuando Garland, después de apurar el fondo de su jarra de cerveza, encendió un cigarrillo, sonaron estrepitosamente los timbres de alarma, acompañados por el quejumbroso lamento de las sirenas. Saltando de sus asientos dirigiéronse a la carrera a sus aparatos, pero al salir al exterior quedáronse sorprendidos al ver que varios «He 70», en vuelo rasante, pasaban sobre el campo ametrallando los hangares y dependencias.

—¡Al suelo, Silving!

Apareciendo de modo sorprendente, los aparatos alemanes atacaban el campo de aviación. Al parecer habían entrado sobre la isla a tan gran altura que los detectores de sonidos no los localizaron. Después picaron velozmente, no dando tiempo a que se organizara la defensa.

—Nos han cazado como a conejos. ¿Qué podemos hacer? —preguntaba Silving a Garland, que permanecía tumbado a su lado.

—Nada, aguantar pacientemente.

Repentinamente, sobre el campo de aviación los aparatos alemanes dejaron caer una buena serie de explosivos. Las bombas, al estallar, proyectaban en el aire grandes cantidades de tierra y piedras arrancadas del piso. Algunas ametralladoras emplazadas en las torretas de observación meteorológicas, comenzaron a disparar sobre los aparatos enemigos, sin que por el momento dieran resultado definitivo. Los cazas alemanes pasaron una y otra vez ametrallando la superficie del campo donde estaban las instalaciones. Algunos aparatos alemanes comenzaron a ganar altura, como si se dispusieran a abandonar el ataque. Repentinamente sonó una nueva explosión la cual resaltó de las anteriores por ser más intensa. Por unos segundos todo quedó teñido de rojo. Garland miró hacia el lugar de donde provenía

aquella luz y exclamó:

—¡Mira, han tocado unos bidones de gasolina!

Efectivamente, la última bomba lanzada por los alemanes había provocado el incendio de unos bidones de combustible. Las llamas se elevaban amenazadoras, siendo coronadas por intensa humareda negra. De pronto, alguien gritó a través de los altavoces:

—¡Fuego en el hangar dos!

Los dos pilotos dirigieron sus miradas hacia el citado hangar y entonces vieron que algunas salpicaduras de combustible ardiendo habían ido a parar hasta el hangar que estaba relativamente a poca distancia. Dichas salpicaduras habían logrado prender en el ala derecha de uno de los «Gladiator».

Cuando se inició el bombardeo, Henry Roberts salvaba la distancia que había entre las oficinas y los hangares, teniendo que echarse al suelo para no ser alcanzado por las ráfagas enemigas. Al oír el aviso de que se había declarado fuego en los hangares, levantóse y sin pensarlo más se dirigió a éstos, con intención de sofocar el fuego. Mientras se dirigía al avión incendiado, dióse cuenta de que alguien más corría hacia el aparato, a pocos pasos de él. Cuando llegó junto al avión, corrió hacia una de las paredes del hangar y cogió un extintor; había que evitar que el fuego se propagase hasta los depósitos del avión repletos de gasolina. El extintor debía de estar atascado, pues aun poniendo todas sus fuerzas no logró sacarlo de su soporte. De pronto sintió a sus espaldas el característico silbido de un aparato matafuegos funcionando. Roberts se volvió y quedó sorprendido al ver o Silvyia que, con un aparato de espuma carbónica, apagaba el fuego. Henry se dirigió hacia la muchacha y cogiéndole el aparato de las manos continuó la extinción.

—¡Váyase, hay peligro para usted! —gritó Henry.

—No —contestó Silvyia.

Roberts no replicó.

Minutos después el fuego estaba sofocado. El Mayor, Longman, Silving y el personal del campo, habían llegado junto al hangar, felicitándose en el fondo, pues las averías que había sufrido el «Gladiator» estarían reparadas en pocas horas. El Mayor Smith, siempre dispuesto a echar líquidos en su estómago, dijo:

—No nos vendría mal tomar algo.

—Estamos de acuerdo —contestó Roberts.

Juntos se dirigieron a la cantina. Al llegar Roberts sirviéronle una copa de licor, que cogió y llevó a Silvy. Cuando estuvo junto a ella dijo:

—Tenga, le hace falta después del susto.

Silvy quedóse sorprendida por la atención del capitán. Le parecía mentira que aquello fuera cierto. Tendiendo la mano, cogió lo que le ofrecía.

—Gracias.

—A usted. Al fin y al cabo, si en estos momentos continuamos teniendo el aparato es por usted.

—No tanto, capitán.

—Es la verdad.

Silvy sonrió. Henry continuó:

—Su acto ha sido francamente heroico, teniendo en cuenta que si el fuego se hubiese propagado hasta los depósitos, la explosión de los mismos hubiese acabado con todos nosotros.

—Pero no fue así.

—No, y repito que gracias a usted.

Todos los reunidos creían estar viendo visiones. Roberts, acercando una silla, se sentó junto a Silvy, hablando amigablemente con ésta de todo lo sucedido. Silving, acercándose a Garland, preguntó:

—¿Qué te parece?

—Lo de siempre, que esto terminará mal.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás.

—Bueno.

Garland, dando una palmada a su amigo, dijo:

—Hemos perdido la batalla.

CAPÍTULO XIX

UNA JUGADA

—Bueno, Silvya, no me dirás que el capitán Henry Roberts no ha cambiado —dijo el Mayor.

—Pues sí, está más tratable y más humano. Lo confieso a carta abierta.

—Me alegro, y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Pues lo que haría cualquier otra mujer en mi lugar. Continuaré luchando con nobleza hasta conseguir lo propuesto.

—No está mal. Creo que tendrás éxito, pues lo que hiciste el otro día le llegó al corazón. Incluso te diré que le he sorprendido un par de veces con la mirada fija en ti.

—¿De verdad?

—Sí, no te miento.

—Creo que salgo ganando puntos.

—Así es.

—Estupendo. Qué verdad es aquello de que quien la persigue la mata.

El Mayor contemplaba sonriendo la graciosa figura de Silvya, mientras ésta se dirigía a una ventana y se ponía a contemplar los campos del exterior. Luego, volviéndose hacia el Mayor, preguntó:

—¿Qué dirá papá?

—A tu padre déjamelos de mi cuenta; yo sé cómo manejarlos. Más de una vez me he afeitado con él y sé sus puntos flacos. Por eso no tienes que preocuparte; lo que tienes que hacer es poner tus cinco sentidos para conseguir lo que quieres.

—Ya lo hago.

—Pues debes hacerlo más.

—Sí, ¿pero cómo?

—Eso es cosa tuya. Por algo eres mujer.

Silvyá calló, permaneció pensativa durante unos momentos y después, levantando la vista, dijo:

—¿Y si le diera celos?

—No; por el hecho de que primero has de saber si te quiere, pues de lo contrario no tendría celos.

—Es verdad.

—No creo que sea tan difícil para una mujer el atraerse a un hombre.

—Sí, pero es que el capitán no es un hombre vulgar. Por el contrario, tiene mucha personalidad y no reacciona de un modo corriente.

El Mayor, sonriendo, contestó:

—Tampoco tú eres una chica corriente.

—Gracias.

—No te miento, mujer. Además, yo ya puedo hablarte así. Soy viejo y casi de la familia. Eres guapa en extremo y no sólo eres guapa, sino atractiva a la par.

—Al final me sofocaré.

Al oír la contestación de Silvyá, el Mayor Smith se echó a reír estrepitosamente. Silvyá lo contemplaba con el entrecejo algo fruncido. Cuando se serenó comentó el Mayor.

—Silvyá, a ti ya se te ha pasado la edad de sofocarte. No eres tan niña como para eso, aunque en realidad no quedaría mal del todo.

Durante largo rato continuaron hablando de cosas superficiales, sin profundizar más en los sentimientos de Silvyá.

—Bueno, Silvyá, debes marcharte; es tarde.

—Sí, me iré.

Levantándose, recogió sus cosas y después de saludar al Mayor, salió al exterior. El aire fresco del anochecer dio en su rostro como un reconfortante saludo.

Los tres aparatos volaban en perfecta formación a dos mil metros de altura. Eran las cinco y media de la mañana, hacía breves minutos que en el campo habían dado la alarma de que se acercaban aviones enemigos y en un santiamén los tres aparatos estuvieron en vuelo.

—¡Jefe escuadrilla llama a pilotos! Escuchen. Como siempre, los

aparatos germanos volarán a poca altura y serán muy numerosos, y como siempre nuestros objetivos principales son los aparatos de bombardeo Ganemos altura hasta tres mil metros, mantengamos el vuelo en círculo y esperemos la presencia de los aviones enemigos. Cuando éstos lleguen, directos a los aparatos de bombardeo. ¿Alguna observación? Cambio.

—Ninguna —contestaron Garland y Silving.

—Entonces, comprendido; no volveré a conectar... Corto.

Los aparatos comenzaron a subir en círculo ceñido hasta llegar a la altura señalada por el jefe de escuadrilla. Una vez alcanzada, los aparatos mantuvieron el vuelo dentro de un área determinada. Minutos después aparecieron por debajo de ellos los aparatos germanos. La escuadrilla alemana estaba formada por cuatro «Junkers» y seis «He 70». Volaban a marcha reducida, cosa que asombró al capitán Roberts. Llegó el momento de lanzarse sobre el enemigo y Henry dio la salida resbalando sobre el ala y lanzándose sobre un determinado avión enemigo. Los otros dos aparatos siguieron al primero, lanzándose también en busca de una víctima. Pero una sorpresa les aguardaba. Conocedores ya los alemanes de la táctica usada por los tres aparatos, en cuanto divisaron la presencia de los ingleses, picaron a su vez los aviones más pesados y por el contrario, los «He 70», haciendo un perfecto y arriesgado vuelo hacia atrás[11], sobrevolaron a los «Gladiators».

La maniobra de los alemanes desconcertó un tanto a Roberts. Con los aparatos «relámpagos» en la espalda, las cosas cambiaban. Rápidamente los tres «Gladiators», comprendiendo lo difícil de la situación, maniobraron para colocarse frente a frente a los «He 70», y así fue. Tabletearon las ametralladoras de ambos bandos y los aparatos se cruzaron en mortal carrera sin que nadie en aquel primer encuentro hiciera blanco. Silving decidió dejar el combate de los cazas a sus dos compañeros y lanzarse en persecución de los bombarderos que volaban muy por debajo de ellos. Pisó timón, inclinó poste y, dejándose caer sobre el ala izquierda, fue acercándose al aparato enemigo Por unos momentos pensó en la posibilidad de que algún caza enemigo se le acercase por la cola. Sin embargo, desechó esta idea siendo factible y siguió picando, esperando que de un momento a otro le ametrallasen por la espalda. A medida que se iba acercando al aparato enemigo iba

ganando tamaño. Nervioso esperaba el momento de apretar los gatillos. Por fin llegó lo deseado, crispó los dedos sobre aquéllos y las ametralladoras comenzaron a funcionar. Los proyectiles trazadores indicaban la trayectoria seguida por éstos, mediante la cual los pilotos pueden afinar el tiro. Las trazadoras se dirigían rectas a la carlinga de mando. Tanto se acercó al aparato enemigo sin dejar de disparar que estuvo a punto de estrellarse con él. Tirando enérgicamente del poste de mando, consiguió sacar al «Gladiator» del vertiginoso picado, dejó de disparar y remontó vuelo. Poco después pudo ver el «Junkers» cómo en vuelo inclinado se dirigía hacia la superficie del mar. Seguramente que disparos habían alcanzado a los pilotos; el avión se hundió en el mar en cuestión de breves instantes. La lucha estaba siendo agotadora, los tres aparatos ingleses hacían esfuerzos verdaderamente sobrehumanos para detener a los aviones enemigos e impedir así que llevasen a cabo el bombardeo que debían cumplir. Pese a todos los esfuerzos que se realizaban, resultaba poco menos que imposible conseguir detener el vuelo enemigo. Sin embargo, la hostigación que efectuaban los tres aviones era suficiente para que los germanos no pudieran efectuar el ataque con comodidad. Por otro lado, la defensa antiaérea de la costa era muy eficaz, obligando a los aparatos enemigos a hacer los vuelos muy bajos o muy altos. La velocidad de los «He 70» dificultaba enormemente la caza de los mismos. Sin embargo, los «Gladiator» daban buena cuenta de ellos.

CAPÍTULO XX

UN SUSTO QUE ES UNA TRETA

En tierra esperaban ansiosamente el regreso de los tres aparatos. Todos se preguntaban qué sucedería y cuántos volverían. Mas después de angustiosa espera aparecieron en la lejanía la silueta de los tres aviones. Reinó la alegría y se dispuso todo para el aterrizaje.

—¡Mire, Mayor! —dijo Helen—. El tercer aparato viene averiado. Tiene el vuelo muy incierto.

En realidad, así parecía. Uno de los «Gladiator» volaba retrasado de los otros dos y su vuelo era inseguro, en ocasiones cabeceaba y en otras parecía que iba a desplomarse.

—Tiene razón —contestó el Mayor, después de mirar por unos instantes al aparato.

La enfermera dijo:

—Prepararé todo por si viene el piloto herido.

—Sí, hágalo.

—Bien.

Helen corrió, a hacer los preparativos necesarios.

—¿Quién será? —preguntó Silvy, acercándose al Mayor.

—Ha de ser Silving o Garland, pues el aparato del jefe de escuadrilla siempre vuela en el centro, y el averiado es uno del extremo.

Silvy permaneció callada observando a los aviones que se iban acercando al campo de toma. Cuando los aviones estaban ya cerca, el Mayor gritó:

—¡El averiado es Longman!

El aparato de Garland llegaba al campo de toma dando tumbos y bamboleándose peligrosamente.

—¡Preparen los equipos de urgencia! —gritó el jefe de campo,

que a la par era el primer mecánico.

Los aparatos llegaron al límite de toma. Aterrizando primeramente Roberts en perfecta toma y luego Silving. El aparato de Garland continuaba dando tumbos en el aire como si no se atreviera a aterrizar. Roberts y Silving, después de desmontar de sus respectivos aparatos corrieron hacia donde estaba el Mayor.

—¡Preparen los equipos, está herido! —gritó Roberts con la cara congestionada por la emoción.

—Ya está todo preparado, capitán, tranquilícese.

Por fin el aparato de Garland, después de dar un rodeo y de hacer un pequeño tanteo, tomó tierra a unos doscientos metros de donde estaban observándole. El aterrizaje fue realmente desastroso, pues el aparato botó tres veces, quedando luego amorrado, pero sin sufrir ninguna ruptura.

—¡Menos mal! ¡Corramos hacia allá! —dijo Roberts.

Tan deprisa como les permitieron las piernas, todos se dirigieron hacia donde estaba el aparato. De su interior salió la figura de Garland dando traspiés hasta que, perdiendo el equilibrio, cayó al suelo. Cuando llegaron junto a él permanecía tumbado boca abajo, a unos quince metros del avión. Roberts fue el primero en llegar. Dio la vuelta a Garland y cogiéndole por los hombros le incorporó.

—¡Longman, Longman!

Cuando llegaron los demás, todos se colocaron a su alrededor. El rostro de Garland estaba bañado en sangre, así como parte de su guerrera. Lentamente, Longman abrió los ojos y con vista perdida miró a los que le rodeaban; todos permanecían callados. Luego, con voz tenue, dijo:

—Estoy... Me muero, lo sé y... y quisiera un favor.

Visiblemente emocionado, Roberts dijo:

—Pida, pida lo que quiera. Es un valiente.

—¿Puedo... pedir lo que qui... quiera?

—Sí.

Garland permaneció callado durante unos instantes, como recuperando fuerzas. Todos a su alrededor guardaban silencio.

—Capitán... yo quisiera... —comenzó Garland callando nuevamente.

—¿Qué, qué? —preguntó ansiosamente Roberts.

—Que me contestase una pregunta...

—¿Cuál?

—¿Usted quiere a Silvy, verdad?...

La pregunta dejó a todos perplejos. Nadie supo ni qué hacer ni qué decir. Roberts contrajo las facciones de su rostro. Luego levantó la vista y miró a Silvy. Luego volvió a mirar a Garland, preguntando:

—¿Es tu deseo saberlo?

—Sí.

—Te complaceré.

—Gracias.

—Pues le diré que... sí.

Garland cerró los ojos y en su rostro se esbozó una débil sonrisa. Robert oyó a sus espaldas los sollozos de Silvy.

Repentinamente, ante el asombro de todos, Longman de un brinco púsose en pie y riendo dijo:

—Bueno, lo conseguí. Vámonos, Silving, ya no tenemos nada que hacer aquí.

—¿Pero...?

—No estoy herido; la sangre es de una hemorragia de la nariz. Soy un buen comediante.

Roberts no pudo menos que reír. Garland, saltando al estribo de la ambulancia que se disponía a partir, dijo:

—Silvy, me lo debes a mí.

Silvy, si antes lloraba, ahora lo hacía más profundamente. Con voz gangosa contestó:

—Gracias, Garland.

La ambulancia se alejó, llevando en sus estribos a Silving y Garland, los cuales, riendo a carcajada limpia hacían señas con la mano en señal de despedida. Roberts, dirigiéndose a Silvy, dijo:

—Es un granuja. Vaya susto nos ha dado, pero yo ya no me acuerdo.

—Y yo tampoco —dijo alguien a espaldas de la pareja.

Al volverse se encontraron el sonriente semblante del Mayor.

Al observar la postura meditabunda de su compañero Garland le preguntó:

—¿Pero qué diablos te pasa?

—Pues verás, me pregunto, ¿cómo sabías que el capitán la quería?

—Muy sencillo, ¿te acuerdas de la foto recortada de la revista?

—Sí.

—Pues se la vi al capitán en la cartera.

—¡No!

—Sí, zoquete, se la vi una vez que se le cayó al suelo, y yo se la recogí.

—Eres un tío listo.

—Y tú un torpe. ¡Mira que no darse cuenta de que soy una lumbrera hasta ahora!

Cinco días después de la jugada hecha por Garland, sucedió algo muy deseado. A las ocho de la mañana, el silencio fue roto por un espantoso tronar de motores aéreos. Cuando Roberts y sus dos pilotos salieron al exterior, pudieron ver volando majestuosamente unos cincuenta cazas de la

R. A. F.,

que llegaban como refuerzos. Los «Hurricanes», fueron aterrizando en el campo, entre los vivas, y los gritos de alegría, de los que hasta entonces habían sido la única defensa aérea de la isla de Malta.

FIN

UNA COSA ES QUERER Y OTRA PODER

Ahora, si usted quiere, *puede* hacerse con lo que tanto deseaba. La

ENCICLOPEDIA PULGA

distrae, ilustra y dará prestigio a su biblioteca. Una obra que no pasará de moda porque siempre irá al día con las novedades.

Una selección que debe leer toda la familia, porque «curiosear» lo bueno a nadie desagrada. Usted ahora sí que PUEDE adquirir estos preciosos libritos, puesto que solamente cuestan 1'50 pesetas.

EL MUNDO EN SU MANO

con

ENCICLOPEDIA PULGA

AYER · HOY · MAÑANA

Toda la Cultura del Universo
en la

ENCICLOPEDIA PULGA

CIENCIA · ARTE · VIAJES · LITE·
RATURA · HISTORIA · RELIGION
· FILOSOFIA · MITOS, ETC. ETC.

PRECIOS

Volúmenes sencillos	1,50 Ptas
» especiales	2,50 »
» extraordinarios...	5,00 »

VENTA EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Exclusivas

GERPLA

Unión, 21 - Barcelona

GRÁFICAS GUADA, S. R. C. — Rosellón, 24 — Barcelona

NOTAS

[1] Buje. Parte más saliente de los aparatos de aviación, por la proa de los mismos Casquete metálico que protege las sujeciones de la hélice. < <

[2] Aparatos de tipo biplano, antiguos y de escaso rendimiento. También se habían fabricado de tipo monoplano. < <

[3] Frase que utilizan los pilotos en las academias de vuelo, para indicar, el momento en que vuelen solos, sin instructor. < <

[4] Cuando el aparato, toca tierra a la par, con las ruedas y el patín de cola. < <

[5] «He 70». Heinhel Relámpago, aparato de ala baja, muy rápido y muy artillado. < <

[6] Consiste en un rápido vuelo ascendente y luego el avión gira, sobre un ala, lanzándose en picado. < <

[7] Cuando se vuela, sin guiarse por la brújula ni otros aparatos de navegación, los cuales son inservibles con niebla. < <

[8] Estación de radio, que lanza señales convenidas, para que un aparato compruebe su ruta. < <

[9] Manga de tela, colgada en lo alto de un mástil, que indica la dirección del viento a los pilotos en vuelo. < <

[10] Cuando se indica una maniobra ascendente muy pronunciada, el aparato siempre pierde velocidad. Puede darse el caso de que la pérdida de velocidad sea tan grande, que el aparato, no tenga fuerza para continuar el vuelo y entonces, cae, siendo difícil recuperar vuelo. < <

[11] Vuelo encabritando el aparato en campana hacia atrás ganando altura. Llamase también rizar el rizo. < <